El genio y la diosa

Aldous Huxley

LE LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Las relaciones entre un eminente físico, su bella mujer y un inexperto joven que aspira a convertirse en científico se transforman, por una extraña combinación de deseo y enfermedad, en la manifestación de un estado de gracia que parece propio de dios.

Mediante una trama muy inteligente y desplegada con la perspicacia, la ironía y la soltura que le caracterizan, Huxley nos propone una novela encantadora y muy divertida, pero con doble fondo.

LELIBROS

Aldous Huxley

El genio y la diosa

—Lo fastidioso en la novela —dijo John Rivers— es que tiene demasiado sentido. La realidad nunca lo tiene.

—¿Nunca? —pregunté.

—Tal vez lo tenga para Dios —admitió—. Nunca para nosotros. La novela tiene unidad, tiene estilo. Los hechos no poseen ni una cosa ni otra. En crudo, la existencia siempre es un estúpido suceso tras otro y cada estúpido suceso es simultáneamente Thurber y Miguel Angel, simultáneamente Mickey Spillane y Tomás Kempis. El criterio de la realidad es su intrínseca falta de relación. —Y cuando yo pregunté « ¿Con qué?» , agitó una ancha mano morena en dirección a los anaqueles de libros—. Con lo Mejor que se ha Pensado y Dicho —declamó, con burlona solemnidad—. Es curioso —añadió—, las novelas que más se acercan a la realidad son aquellas que se consideran más inverosímiles. —Se inclinó hacia delante y tocó el lomo de un maltrecho ejemplar de *Los hermanos Karamazov*—. Tiene tan poco sentido que casi es real. Y esto es más de lo que puede decirse de cualquiera de las clases académicas de novela. La novela física y química. La novela histórica. La novela filosófica… —Su dedo acusador pasó de Dirac a Toynbee, de Sorokin a Carnap—. Más de lo que puede decirse hasta de la novela biográfica. Aquí está la última muestra del género.

De la mesa que estaba a su lado, tomó un volumen protegido por una cubierta de reluciente azul y me lo ofreció para inspección.

—*La vida de Henry Maartens* —leí en voz alta, sin más interés que el que se concede a unas palabras triviales. Pero recordé de pronto que, para John Rivers, el nombre había significado algo más que unas palabras triviales—. Fue usted su discípulo, ¿verdad?

Rivers asintió con un movimiento de cabeza.

—Y ¿ésta es la biografía oficial?

—La novela oficial —corrigió—. Un inolvidable cuadro del hombre de ciencia de ópera bufa. Ya conoce el tipo. Un niño alelado con la inteligencia de un gigante; un genio enfermo que lucha con ánimo indomable contra enormes desventajas; el pensador solitario que es al mismo tiempo el más afectuoso hombre de familia; el profesor distraído, con su cabeza en las nubes, pero con su corazón en su sitio. Por desgracia, los hechos no fueron tan sencillos, ni mucho menos.

—¿Quiere usted decir que el libro no se atiene a la verdad?

—No; se atiene en todo a la verdad. En todo lo que dice. Después de eso, no es más que basura. O mejor dicho, pura fantasía. Y tal vez —añadió—, tenga que ser así. Tal vez la realidad total sea siempre demasiado ruin para que quede constancia de ella, demasiado carente de sentido o demasiado horrible para exponerla tal cual ha sido. De todos modos, cuando se conocen bien los hechos, resulta exasperante y hasta insultante que quieran hacernos tragar esas absurdas fantasías.

—Entonces ¿usted va a poner los puntos sobre las íes? —pregunté.

—¿Para el público? ¡Dios no lo quiera!

—¿Para mí, pues? ¿En privado?

—En privado —repitió—. Al fin y al cabo, ¿por qué no? —Se encogió de hombros y sonrió—. Una pequeña orgía de recuerdos para celebrar una de sus raras visitas.

—Cualquiera diría que está usted hablando de una peligrosa droga.

—Pues es una droga peligrosa —contestó—. Nos escapamos a los recuerdos como nos refugiamos en la ginebra o el amital de sodio.

—Se olvida —observé— de que soy un escritor y de que las Musas son las hijas de Memoria.

—Y Dios —añadió rápidamente— *no* es su hermano. Dios no es el hijo de Memoria; es el hijo de la experiencia inmediata. No se puede adorar a un espíritu en espíritu a menos que lo hagamos en el momento. Chapotear en lo pasado puede ser buena literatura. Como sabiduría, no sirve. Tiempo Reconquistado es Paraíso Perdido y Tiempo Perdido es Paraíso Reconquistado. Que los muertos sepulten a sus muertos. Sí. Si quiere vivir cada instante tal como el instante se presenta, es necesario morir para cualquier otro instante. Es lo más importante que aprendí de Helen.

El nombre evocó en mí un pálido rostro juvenil encuadrado por una cabellera morena, casi egipcia; evocó también las grandes columnas doradas de Baalbek, con el cielo azul, y las nieves del Líbano al fondo. Yo era un arqueólogo en aquellos días. El padre de Helen era mi jefe. En Baalbek me declaré y fui rechazado.

—Si se hubiese casado conmigo ¿también lo hubiera aprendido yo? —pregunté.

—Helen practicaba lo que se cuidaba siempre de no predicar —contestó Rivers—. Era difícil no aprender de ella.

—Y ¿qué me dice de mis obras, de esas hijas de Memoria?

—Se hubiera hallado el modo de sacar el máximo provecho de los dos mundos.

—¿Un compromiso?

—Una síntesis, una tercera posición que subtendiera a las otras dos. En realidad, claro está, no se puede sacar el máximo provecho de un mundo como no se haya aprendido en el proceso a sacar el máximo provecho del otro. Helen se las arregló hasta para disfrutar de la vida mientras se estaba muriendo.

En mi recuerdo, Baalbek fue reemplazado por los patios de Berkeley y, en lugar de aquel marco de negra cabellera, un marco que por su forma parecía la boca de una silenciosa campana, vi un rodete de cabellera cana; en lugar del terso rostro de una muchacha, vi los rasgos delgados y tensos de una mujer gastada por los años. Me dije que, ya entonces, debía de estar enferma.

—Yo estaba en Atenas cuando murió —dije en voz alta.

—Lo recuerdo —dijo—. Me hubiera gustado que hubiese estado usted aquí —añadió—. Por ella. Sentía por usted mucho afecto. Y, desde luego, por *usted* también. Morir es un arte y, a nuestra edad, deberíamos aprenderlo. Ayuda mucho haber visto a alguien que realmente lo dominaba. Helen sabía morir porque sabía vivir; vivir ahora y aquí y para mayor gloria de Dios. Y esto supone necesariamente morir para allí, para entonces y mañana, para nuestro propio ser miserable. En el proceso de vivir como se debe vivir, Helen se había estado muriendo a plazos diarios. Cuando llegó la hora de la liquidación final, no debía nada, no tuvo nada que pagar. Por cierto —continuó Rivers, después de un breve silencio—, yo estuve la primavera última muy cerca de la liquidación final. En realidad, si no hubiese sido por la penicilina, no estaría aquí. Pulmonía, la vieja amiga del hombre. Ahora, nos resucitan, de modo que podemos disfrutar de nuestra arterioesclerosis o de nuestro cáncer de próstata. Como ve, todo es enteramente póstumo. Todos han muerto menos yo y yo estoy viviendo un tiempo prestado. Si pusiera los puntos sobre las íes, sería un fantasma hablando de fantasmas. Y en todo caso, estamos en Nochebuena; una historia de fantasmas resulta muy a tono. Además, usted es un viejo amigo y hasta si lo pone usted todo *efectivamente* en una novela ¿qué puede importar?

Su ancho rostro rugoso se iluminó con una expresión de afectuosa ironía.

—Si importa, no lo haré —le prometí.

Esta vez se rió abiertamente.

—« Los firmes juramentos paja son para el fuego de la sangre» —citó—. Antes confiaría mis hijas a Casanova que mis secretos a un novelista. Los fuegos literarios son más vivos incluso que los sexuales. Y los juramentos literarios resultan todavía más de paja que los matrimoniales o monásticos.

Intenté protestar, pero Rivers se negó a escucharme.

—Si quisiera mantenerlo todavía secreto —dijo—, no se lo diría. Pero, cuando usted lo *publique*, no se olvide, por favor, de la nota habitual. Ya sabe: cualquier parecido con cualquier persona viva o muerta será pura coincidencia. *Pura*, entiéndase bien. Y ahora, volvamos a esos Maartens. Tengo en algún sitio una fotografía. —Abandonó su asiento, fue a su mesa de trabajo y abrió un cajón —. Todos nosotros juntos: Henry, Katy, los chicos y yo. Y por milagro —añadió, después de trajinar un momento con los papeles del cajón—, está donde debe estar.

Me entregó la ajada ampliación de una instantánea. Mostraba a tres adultos de pie, delante de una villita veraniega de madera: un hombre bajo y delgado de pelo blanco y nariz aguileña, un joven gigante en mangas de camisa y, entre ellos, rubia, risueña, de anchos hombros y lozanos pechos, una espléndida Walkiria incongruentemente vestida con una falda apretada. A sus pies, se sentaban dos niños, un chico de nueve o diez años y una chica de trenzas de trece

o catorce.

—¡Qué viejo parece! —fue mi primer comentario—. Se diría que es el abuelo de sus hijos.

—Y, a los cincuenta y seis, era lo bastante infantil para ser el benjamín de Katy.

—Un incesto muy complicado.

—Pero que funcionaba bien —insistió Rivers—. Tan bien que se había convertido en una simbiosis regular. Maartens vivía de ella. Y ella estaba allí para dejarse hacer. Era la maternidad encarnada.

Volví a mirar a la fotografía.

—¡Qué curiosa mezcla de estilos! Maartens es gótico puro. Su mujer es una heroína wagneriana. Los hijos parecen salidos directamente de la señora Molesworth. Y usted, usted… —Levanté la vista y miré al rostro cuadrado y curtido que me confrontaba en el otro lado de la chimenea. Luego, mi mirada volvió a la fotografía—. Me había olvidado de que usted era una belleza. Una copia romana de Praxíteles.

—¿No puede hacerme un original? —suplicó Rivers.

Meneé la cabeza.

—Mire esta nariz —dije—. Mire la forma de esta mandíbula. Esto no es Atenas, es Herculano. Pero, por suerte, las chicas no son aficionadas a la historia del arte. A todos los efectos amorosos prácticos, usted era lo real, el auténtico Dios griego.

Rivers hizo una mueca.

—Tal vez tenía la facha indicada para el papel —dijo—. Pero, si cree usted que podía representarlo… —Meneó la cabeza—. No había Ledas para mí. Ni Dafnes, ni Europas. Recuerdo que, en aquellos días, era todavía el producto sin mitigaciones de una deplorable educación. Un hijo de ministro luterano y, desde los doce años, el único consuelo de una madre viuda. Sí, su *único* consuelo, a pesar de que se consideraba una devota cristiana. El chiquitín Johnny ocupaba el primer puesto, el segundo y el tercero; Dios era únicamente un participante más. Y desde luego, el único consuelo no tenía opción y debía convertirse en el hijo modelo, en el alumno ejemplar, en el infatigable ganador de becas, que avanzó por la universidad y los estudios superiores con sobrehumano esfuerzo, sin tiempo libre para nada más sutil que el fútbol o el coro de aficionados, para nada más esclarecedor que el sermón semanal del reverendo Wigman.

—Pero ¿permitían las chicas que usted no les hiciera caso? ¿Con una cara así? —Señalé el atleta de cabellera rizada de la fotografía.

Rivers permaneció silencioso y luego contestó con otra pregunta.

—¿Le dijo alguna vez *su* madre que la propia virginidad es el más maravilloso regalo de bodas que un hombre puede hacer a su novia?

—Por suerte, no.

—Bien, la mía me lo dijo. Y, lo que es más, lo hizo de rodillas durante una oración improvisada. Tenía un verdadero don para improvisar oraciones —añadió, a guisa de paréntesis—. Era en esto hasta muy superior a lo que mi padre había sido. Podía analizar nuestra situación financiera o reprenderme por mi resistencia a tomar pastel de tapioca con las mismas frases de la Epístola a los Hebreos. Como ejemplo de maestría lingüística, era asombroso. Por desgracia, yo no podía juzgar aquello desde un punto de vista así. Quien representaba era mi madre y la ocasión era solemne. Cuanto mi madre decía mientras conversaba con Dios tenía que ser tomado muy en serio, con una seriedad religiosa. Especialmente, cuando estaba relacionado con el gran tema que no se debía en modo alguno mencionar. Créase o no, a los veintiocho años yo seguía poseyendo ese regalo de boda para mi hipotética novia.

Hubo un silencio.

—¡Pobre John! —dije finalmente.

Rivers meneó la cabeza.

—En realidad, la pobre era mi madre. Lo había preparado todo a las mil maravillas. Un puesto de instructor en mi antigua universidad, luego uno de profesor auxiliar, luego una cátedra. Jamás tendría yo necesidad de abandonar el hogar. Y cuando llegara a los cuarenta, arreglaría mi matrimonio con alguna maravillosa muchacha luterana que acabaría queriéndola como a su propia madre. Pero, por la gracia de Dios, John Rivers se fue… por el sumidero. La gracia de Dios llegó… con una venganza, según resultó. Una hermosa mañana, pocas semanas después de que yo hubiera obtenido mi título de Doctor en Física, tuve una carta de Henry Maartens. Estaba entonces en St. Louis, trabajando en los átomos. Necesitaba un investigador ayudante, mi profesor le había dado buenos informes de mí y, si bien sólo podía ofrecerme una remuneración escandalosamente pequeña, me preguntaba si el asunto podía interesarme. Para un físico en embrión, era la oportunidad de su vida. Para mi pobre madre, fue el fin de todo. Con fervor, con verdadera angustia, rezó y rezó pidiendo luces. Su mérito eterno es que Dios le dijo que me dejara marcharme.

» Diez días después, un taxi me depositó en el umbral de los Maartens. Recuerdo que quedé delante de la puerta con un sudor frío, tratando de concentrar todo mi valor para tocar el timbre. Como el colegial que ha delinquido y ha sido citado al despacho del director. Mi júbilo ante mi maravillosa buena suerte había desaparecido hacía tiempo y, durante los últimos días de mi permanencia en casa y las interminables horas de mi viaje, yo sólo había estado pensando en mi falta de idoneidad. ¿Cuánto tiempo necesitaría un hombre como Henry Maartens para descubrir cuanto había en un hombre como yo? ¿Una semana? ¿Un día? ¡Era más probable que bastara con una hora! Me despreciaría; sería yo el hazmerreír del laboratorio. Y fuera del laboratorio sucedería lo mismo. O tal vez algo peor. Los Maartens me habían pedido que fuera su huésped

hasta que hallara un alojamiento conveniente. ¡Eran verdaderamente amables! Pero también ¡qué endemoniadamente crueles! En el ambiente austeramente culto de su hogar, quedaría yo totalmente al descubierto, como un personaje tímido, estúpido, irremediablemente provinciano. Pero, entretanto, el director esperaba. Apreté los dientes y apreté el timbre. Se abrió la puerta y me vi delante de una de esas criadas negras que aparecen en las viejas comedias. Ya sabe, de esa clase que nació antes de la abolición y que ha estado siempre desde entonces con la señorita Belinda. La representación era un tanto dura pero el papel resultaba simpático y, aunque le encantaba complicarlo, Beulah no era meramente un tesoro: como pronto descubrí, había avanzado mucho por el camino de la santidad. Le expliqué quién era yo y, mientras yo hablaba, ella me examinó de arriba abajo. El juicio que formó de mí debió de ser satisfactorio, porque me adoptó enseguida como a un miembro de la familia hacía tiempo perdido, como a una especie de Hijo Pródigo que acabara de regresar de las algarrobas.

» "Voy a prepararle un emparedado y una buena taza de café", insistió. "Están todos aquí", dijo después. Abrió una puerta y me hizo pasar. Me dispuse a enfrentarme al director y a soportar un fuego graneado de cultura. Pero, en realidad, había entrado en algo que, si lo hubiese visto quince años después, hubiera tomado por una parodia, en tono menor, de los Hermanos Marx. Era una sala muy grande y en total desorden. En el sofá, estaba tendido un hombre de cabello cano, con el cuello desabrochado y al parecer en trance de muerte, porque estaba lívido y su respiración iba y venía con una especie de estertor. Junto a él, en una mecedora, con la mano izquierda en la frente del moribundo y con un ejemplar del *Universo Pluralista* de William James en su mano derecha, estaba, leyendo tranquilamente, la mujer más hermosa que yo había visto jamás. En el suelo, había dos niños: un chico pelirrojo que jugaba con un tren mecánico y una muchachita de catorce años de largas piernas negras que, tendida boca abajo, escribía versos (pude ver la forma de las estrofas) con un lápiz rojo. Todos estaban tan enfrascados en lo que estaban haciendo (jugar, escribir, leer o morirse), que durante medio minuto por lo menos, mi presencia en la habitación pasó totalmente inadvertida. Tosí, no obtuve reacción y tosí de nuevo. El chico levantó la cabeza, me sonrió cortésmente, pero sin el menor interés, y volvió a su tren. Esperé otros diez segundos; luego, desesperado, avancé unos pasos. La poetisa tendida boca abajo me cerraba el camino. "Perdone" murmuré. No me hizo el menor caso, pero la lectora de William James oyó y levantó la vista. "¿Es usted el del horno de gas?", me preguntó. Su rostro era tan maravillosamente bello que por unos instantes quedé sin habla. Sólo acerté a menear la cabeza. Intervino el chico: "¡Tonta! El del gas tiene bigote". "Soy Rivers", logré farfullar al fin. "¿Rivers?" repitió ella sin comprender. "¿Rivers? ¡Ah, *Rivers*…!", exclamó en repentino reconocimiento. "¡Cuánto me alegra…!".

Pero, antes de que pudiera terminar la frase, el hombre de los estertores abrió unos ojos fantasmales, emitió un ruido como un alarido de guerra aspirado; se levantó de un salto y corrió hacia la ventana abierta. "¡Cuidado!", gritó el chico. "¡Cuidado!". Se oyó un estrépito. "¡Oh, Cristo!", añadió el chico, en un tono de furor contenido. Estaba en ruinas, reducida a sus bloques componentes, toda una Gran Estación Central. "¡Cristo!", repitió el chico. Y cuando la poetisa le dijo que no debía decirse Cristo, amenazó: "Pues diré una cosa *fea de verdad*. Diré…". Sus labios se movieron en silenciosa blasfemia.

» Entretanto, llegaron desde la ventana los espantosos ruidos de un hombre que está siendo ahorcado.

» "Perdone", dijo la hermosa mujer. Se levantó, abandonó su libro y corrió al rescate. Hubo un estrépito metálico. El borde de su falda había derribado unas señales. El chico lanzó un grito de rabia. "¡Tonta, más que tonta!", chilló. "*¡Elefanta!*". "Los elefantes", dijo la poetisa didácticamente, "siempre miran por donde andan". Luego, volvió la cabeza y, por primera vez, reconoció mi existencia. "Se han olvidado completamente de usted", me explicó, en un tono de superioridad aburrida y desdeñosa. "Así son aquí las cosas".

» Junto a la ventana, seguía su curso el lento ahorcamiento. Doblado en dos, como si alguien le hubiera golpeado bajo la cintura, el hombre cano luchaba por aire. Por lo que se veía y oía, parecía una batalla que se estaba perdiendo. Junto a él, se mantenía de pie la diosa, dándole palmadas en la espalda y murmurándole palabras de aliento. Yo estaba abrumado. Nunca había visto una cosa tan horrible. Una mano me tiró del dobladillo del pantalón. Me volví y vi a la poetisa que me miraba. Tenía una carita estrecha y llena de vida, con unos ojos grises, muy separados entre sí y demasiado grandes. *"Sucumba"*, dijo. "Necesito tres palabras que rimen con *sucumba. Tengo* ya *retumba*, que me viene muy bien. Y tengo también *zumba*, que resulta preciosa. Pero ¿qué le parece *catacumba*…?". Meneó la cabeza; luego, mirando con ceño a su papel, leyó en voz alta: "*Y un no sé qué que zumba… Del alma en la espantosa catacumba…* No resulta bonito ¿verdad?". Tuve que admitir que así era. "Pero es eso precisamente lo que quiero decir", continuó. Tuve una inspiración. "¿Qué le parece *tumba*?". Su rostro se iluminó de placer y excitación. ¡Claro que sí, claro que sí! ¡Qué tonta había sido! Y declamó triunfalmente: *"Y un no sé qué que zumba… Del alma triste en la espantosa tumba…"*. Debí de mostrarme poco convencido, porque me preguntó si creía que era mejor *terrible tumba*. Antes de que yo pudiera contestar, hubo un ruido más fuerte de sofocación. Miré hacia la ventana y luego de nuevo a la poetisa. "¿Cómo podría ayudar?", pregunté. La chica movió la cabeza. "He mirado en la Enciclopedia Británica", dijo. "Y dice que el asma no ha acortado la vida de nadie". Y luego, al advertir que yo seguía angustiado, encogió sus huesudos hombrecitos y dijo: "Ya se acostumbrará".

Rivers se rió saboreando el recuerdo.

—« Ya se acostumbrará» —repitió—. El cincuenta por ciento de los Consuelos de la Filosofía en tres palabras. Y el otro cincuenta por ciento puede ser expresado en cinco: « Hermano, si mueres, muerto estás» . O, si lo prefiere, cabe expresarlo en seis: « Hermano, si mueres, *no* estás muerto» .

Se levantó y comenzó a arreglar el fuego.

—Bien, tal fue mi presentación a la familia Maartens —dijo, mientras colocaba otro leño de roble sobre las encendidas brasas—. Me acostumbré a todo muy deprisa. Hasta al asma. Es notable la rapidez con que nos acostumbramos al asma ajena. Al cabo de dos o tres experiencias, tomaba los ataques de Henry con tanta calma como los demás. De pronto, parecía ahogarse y estar a punto de morir; al poco tiempo, se sentía como nuevo y estaba hablando por los codos de la mecánica cuántica. Y continuó repitiendo la representación hasta los ochenta y siete. Mientras que yo —continuó, dando un último golpe al leño con el atizador —, me consideraré afortunado si llego a los sesenta y siete. Yo era un atleta, como sabe. Uno de esos mozos fuertes como un toro. Y ni un día enfermo, hasta que, de pronto, pam, una coronaria o, zas, los riñones que se van al diablo. Entretanto, los enclenques como el pobre Henry, van tirando y tirando, quejándose siempre de su mala salud, hasta llegar a los cien. Y no sólo quejándose, sino realmente padeciendo. Asma, dermatitis, toda clase de dolores de vientre, fatigas inconcebibles, depresiones indescriptibles. Tenía un aparador en su estudio y otro en el laboratorio llenos de botellitas con remedios homeopáticos y nunca salía de casa sin su Rhus Tox, su Garbo Veg, su Bryonia y su Kali Phos. Sus escépticos colegas se reían de él al verle tomar medicinas tan prodigiosamente diluidas y le decían que no podía haber, en cualquiera de aquellas píldoras, mucho más de una simple molécula de la sustancia curativa.

» Pero Henry estaba preparado para afrontarlos. Para justificar la homeopatía, había ideado toda una teoría de campos no materiales: campos de pura energía, campos de organización incorpórea. En aquellos días, todo ello parecía ridículo. Pero Henry, recuérdelo, era un genio. Esas ideas ridículas suyas comienzan ahora a tener un sentido. Unos cuantos años más y serán axiomáticas.

—Lo que me interesa en eso son los dolores de vientre —dije—. ¿Hacían o no efecto las píldoras?

Rivers se encogió de hombros.

—Vivió hasta los ochenta y siete —contestó, mientras volvía a su asiento.

—Pero ¿no hubiera vivido hasta los ochenta y siete sin las píldoras?

—Eso —dijo Rivers— es el perfecto ejemplo de la pregunta sin sentido. No podemos resucitar a Henry Maartens y hacerle vivir de nuevo sin homeopatía. Por tanto, no hay respuesta viable, no hay sentido imaginable en la pregunta. Tal es la razón —añadió—, de que no pueda haber una ciencia de la historia, pues no es posible en ella probar la verdad de ninguna de nuestras hipótesis. Por eso son

improcedentes en última instancia todos esos libros. Y sin embargo, no hay más remedio que leer todo ese fárrago. ¿Cómo, si no, nos abriríamos paso por el caos del hecho inmediato? Desde luego, tomamos el mal camino; no hace falta decirlo. Pero vale más hasta tomar el mal camino que verse totalmente perdido.

—Desde luego, no es una conclusión muy tranquilizadora —apunté.

—Pero es la mejor a la que podemos llegar. En todo caso, en nuestras condiciones presentes. —Rivers quedó silencioso durante unos instantes—. Bien, como digo —continuó luego en otro tono—, me acostumbré al asma de Henry, me acostumbré a todos ellos, me acostumbré a todo. Tanto, en realidad, que, cuando, al cabo de un mes de busca de alojamiento, hallé una habitación barata y no muy fea, no me dejaron marcharme. « Aquí está usted y aquí se quedará» , dijo Katy. La vieja Beulah la apoyó. Otro tanto hizo Timmy y, aunque por su edad y su humor se inclinaba a disentir de cuanto los demás aprobaban, otro tanto hizo Ruth. Hasta el gran hombre descendió un instante de su Región de las Nubes para emitir su voto en favor de mi permanencia. Esto decidió las cosas. Me convertí en una parte de la casa, en un Maartens honorario. Me sentí tan feliz —continuó Rivers, al cabo de una pausa—, que me dije con inquietud que algo andaba mal en el asunto. Y muy pronto comprendí qué era. La felicidad con los Maartens suponía deslealtad para mi casa. Era una admisión de que, mientras había vivido con mi madre, sólo había experimentado compulsión y una especie de sentido crónico de culpabilidad. Y ahora, como miembro de esta familia de extraños y paganos, me sentía, no solamente feliz, sino también bueno y, en un sentido completamente nuevo, religioso. Advertía por primera vez lo que significaban todas aquellas palabras de las Epístolas. Gracia, por ejemplo. Me sentía saturado de gracia. *La novedad del espíritu* estaba allí en todo instante, mientras que la mayor parte de lo que yo había conocido con mi madre era la letal senectud de la letra. Y ¿qué decir de la Primera a los Corintios, trece? ¿Qué decir de *fe, esperanza y caridad*? Bien, no quiero jactarme, pero me sentía en posesión de las tres. De fe en primer lugar. Una fe redentora en el universo y en mis semejantes. En cuanto a la otra clase de fe, esa sencilla variedad luterana que mi pobre madre, según se decía con orgullo, había logrado preservar intacta, como una virginidad, a través de todas las tentaciones de mi educación científica… —Se encogió de hombros—. Nada puede haber más simple que el cero y, de pronto, descubrí que eso era la sencilla fe con la que había estado viviendo los diez últimos años. En St. Louis, tenía el artículo genuino: la fe real en algo realmente bueno y, al mismo tiempo, una esperanza que equivalía a la convicción positiva de que todo sería siempre maravilloso. Y junto a la fe y la esperanza, había una caridad que lo inundaba todo. ¿Cómo se podía sentir afecto por un hombre como Henry, por alguien tan remoto que apenas reconocía a los demás y tan egocéntrico que apenas deseaba reconocerlos? No se podía tenerle afecto y, sin embargo, yo se lo tenía, se lo tenía. Y no solamente por las razones

evidentes, porque era un gran hombre, porque trabajar con él era como procurar mayor poder a mi propia inteligencia, a mi propia percepción. Le quería también fuera del laboratorio, por esas mismas cualidades que hacían punto menos que imposible considerarlo cosa distinta de un monstruo de clase superior. Tenía tanta caridad en aquella época que hubiera podido querer a un cocodrilo, a un pulpo. Leemos todas esas ficciones de los sociólogos, toda esa erudita necedad de la ciencia política… —Con un ademán de exasperación desdeñosa, Rivers cacheteó los lomos de una hilera de corpulentos volúmenes en el séptimo anaquel—. Pero, en realidad, sólo hay una solución y puede ser expresada en una palabra de cuatro letras, tan escandalosa que hasta el marqués de Sade la usó con circunspección. —La deletreó—. A-M-O-R. O, si prefiere la decorosa oscuridad de las lenguas sabias, *Agape, Caritas, Mahakaruna*. En aquellos días, sabía realmente lo que significaban. Por primera vez; sí, por primera vez. Era el único factor inquietante en una situación en lo demás beatífica. Porque, si era la primera vez que sabía lo que era amar ¿qué se podía decir de todas las otras ocasiones en que había creído saberlo, de aquellos dieciséis años en que había sido el único consuelo de mi madre viuda?

En la pausa que siguió, evoqué los recuerdos de la señora Rivers, quien había ido en ocasiones, con su pequeño Johnny, a pasar la tarde del domingo con nosotros en la granja, hacía casi cincuenta años. Eran recuerdos de negra alpaca, de un pálido perfil como el rostro en el camafeo del broche de mi tía Esther, de una sonrisa cuya deliberada dulzura contrastaba con los fríos ojos juzgadores. Esta imagen estaba asociada a una escalofriante sensación de aprensión. « Da a la señora Rivers un beso muy grande» . Yo obedecía, pero ¡con qué horripilada renuencia! Subía a la superficie, aislada, con una sola burbuja, de las profundidades de lo pasado, una frase de tía Esther. Había dicho: « Ese pobre chico… Es realmente *adoración* lo que siente por su madre» . La adoraba, sí, pero ¿la quería?

—¿Existe la palabra « desembellecimiento» ? —preguntó Rivers bruscamente.

Yo meneé negativamente la cabeza.

—Bien, debería existir —insistió Rivers—. Porque a eso recurría en mis cartas a casa. Consignaba los hechos, pero sistemáticamente los desembellecía. Convertía una revelación en algo sórdido, ordinario y moralista. ¿Por qué me quedaba con los Maartens? Por sentido del deber. Porque el doctor M. no podía conducir un automóvil y yo podía ayudar en los traslados y encargos. Porque los chicos habían tenido la mala suerte de topar con dos maestros muy torpes y necesitaban toda la preparación que yo pudiera procurarles. Porque la Sra. M. había sido tan buena conmigo que me consideraba *obligado* a quedarme y a aliviarla de algunas de sus tareas. Naturalmente, hubiera preferido mi independencia, pero ¿tenía derecho a anteponer mis inclinaciones personales a

sus necesidades? Y como la pregunta estaba dirigida a mi madre, sólo podía, desde luego, haber una respuesta. ¡Qué hipocresía, qué sarta de mentiras! Pero hubiera sido mucho más penoso para ella oír la verdad. O para mí expresarla en palabras. Porque la verdad era que yo nunca había sido feliz, nunca había querido ni nunca me había sentido capaz de espontáneo altruismo hasta el día en que dejé mi casa y me fui a vivir con estos amalecitas.

Rivers suspiró y meneó la cabeza.

—Mi pobre madre… —dijo—. Tal vez hubiera podido ser más cariñoso con ella. Pero, por grande que hubiera sido, mi cariño no hubiera alterado los hechos fundamentales: el hecho de que me quería posesivamente y el hecho de que yo no quería ser poseído; el hecho de que estaba sola y lo había perdido todo y el hecho de que yo tenía a mis nuevos amigos; el hecho de que ella era una orgullosa estoica, que vivía con la ilusión de que era una cristiana, y el hecho de que yo había pasado a un saludable paganismo y me sentía inmensamente feliz siempre que podía olvidarme de ella, lo que ocurría a diario, exceptuando el domingo, que era cuando le escribía mi carta semanal. ¡Sí, me sentía inmensamente feliz! Para mí, la vida era en aquellos días una égloga tachonada de canciones. Todo era poesía. Llevar a Henry al laboratorio en mi Maxwell de segunda mano; segar el césped; traer los comestibles de Katy bajo la lluvia… Todo era poesía. Como llevar a Timmy a la estación para que viera las locomotoras. Como acompañar a Ruth, cuando llegó la primavera, en sus paseos en busca de gusanos. Cuando manifesté mi sorpresa, me explicó que los gusanos le inspiraban un interés profesional. Eran parte del síndrome Zumba-Tumba. Los gusanos eran lo más cercano en la vida real a Edgar Allan Poe.

—¿A Edgar Allan Poe?

—« Lo que se representa es la tragedia, Hombre —declamó—, y su héroe es el Gusano Conquistador» . En mayo y junio, el campo se mostraba bastante pródigo en rastreros Gusanos Conquistadores.

—Actualmente —comenté—, no sería Poe. Ruth leería a Spillane o alguna de las historietas más sádicas.

Rivers se mostró de acuerdo.

—Cualquier cosa, aunque fuera mala, siempre que hubiera alguna muerte en ella. La muerte —repitió—, preferiblemente violenta, preferiblemente en la forma de destripamiento y podredumbre, es uno de los apetitos de la infancia. Un apetito casi tan fuerte como el de las muñecas, los caramelos o el juego con los órganos genitales. Los niños necesitan la muerte para sentir una nueva emoción, repugnantemente deliciosa. No, esto no es totalmente exacto. La necesitan, como necesitan las demás cosas, para dar forma específica a las emociones ya sentidas. ¿No recuerda qué agudas eran sus sensaciones de niño, qué intensamente lo sentía todo? El deleite de las fresas y la crema, el horror del pescado, el infierno del aceite de ricino… ¡Y la tortura de tener que levantarse y

recitar delante de toda la clase! La inexpresable alegría de sentarse junto al cochero, sintiendo el olor a sudor de caballo y a cuero, con la blanca carretera prolongándose hacia el infinito y el lento despliegue de los trigales y las huertas al paso del coche, ese abrirse y cerrarse de los campos como enormes abanicos… Cuando se es niño, nuestra mente es como una especie de solución saturada de sentimiento, como una suspensión de todas las emociones, pero en estado latente, en condiciones de indeterminación. A veces son las circunstancias externas el agente cristalizador y a veces nuestra propia imaginación. Cuando queremos una emoción determinada, buscamos deliberadamente en nosotros mismos hasta obtenerla: un brillante cristal rosado de placer, un verde o amoratado trozo de miedo… Porque el miedo, desde luego, es una emoción como cualquier otra; es una horrible clase de diversión. A los doce años, yo solía divertirme asustándome con fantasías sobre la muerte, sobre el infierno de los sermones de cuaresma de mi pobre padre. Y ¡cuánto más que yo podía asustarse Ruth! Podía asustarse más en un extremo de la escala y ser más completamente feliz en el otro. Y esto reza, me atrevo a decirlo, con la mayoría de las chicas. Su solución de emociones es más concentrada que las nuestras y pueden fabricar más clases de cristales mayores y mejores más rápidamente. Sobra decir que, en aquellos días, yo no sabía casi nada de las chicas. Pero Ruth tenía una educación liberal, tal vez demasiado liberal, como se vio después. Pero ya llegaremos a esto a su debido tiempo. Entretanto, comenzó a enseñarme lo que todo joven debe saber acerca de las jóvenes. Fue una buena preparación para mi carrera de padre de tres hijas.

Rivers tomó un poco de whisky con agua, dejó el vaso sobre la mesita y, durante unos instantes, fumó su pipa en silencio.

—Hubo un fin de semana particularmente aleccionador —dijo finalmente, sonriendo con el recuerdo—. Fue durante mi primera primavera con los Maartens. Nos habíamos instalado en su pequeña casa de campo, a unos quince kilómetros al oeste de St. Louis. Un sábado por la noche, después de la cena, Ruth y yo salimos a ver las estrellas. Había un pequeño otero detrás de la casa. Se subía a él y se veía todo el firmamento, de horizonte a horizonte. Ciento ochenta grados de misterio inexplicable en bruto. Era un buen sitio para sentarse y no decir nada. Pero, en aquel tiempo, todavía me sentía en la obligación de ilustrar al prójimo. En lugar de dejar a la chica que mirara en paz a Júpiter y la Vía Láctea, fui desembuchando los rancios hechos y cifras: la distancia a la estrella fija más cercana, el diámetro de la galaxia, la última opinión de Mount Wilson sobre las nebulosas en espiral. Ruth escuchó, pero sin ilustrarse. Por el contrario, se sintió invadida por una especie de pánico metafísico. ¡Esos espacios, esas duraciones, esos innumerables mundos más allá de mundos inverosímiles! ¡Y aquí estábamos, frente a la infinitud y la eternidad, preocupándonos por la ciencia, los quehaceres domésticos y la puntualidad, por el color de las cintas

para el pelo y las notas semanales en álgebra y latín! Luego, en un bosquezuelo al pie del otero, graznó una lechuza y, enseguida, el pánico metafísico se convirtió en algo físico. Físico, pero al mismo tiempo oculto, porque ese cosquilleo en el estómago era debido a la superstición de que las lechuzas son aves brujas, de mal agüero, precursoras de la muerte. Ruth sabía, desde luego, que todo esto era pura tontería, pero ¡qué emocionante era pensar y actuar como si fuera verdad! Traté de tomar la cosa a risa, pero Ruth quería sentirse asustada y estaba dispuesta a razonar y justificar sus miedos. Y me dijo: « La abuela de una de las chicas de mi clase se murió el año pasado. Y aquella misma noche hubo una lechuza en el jardín. En el centro de St. Louis, donde nunca hay lechuzas» . Y para confirmar su relato, hubo otra serie de distantes graznidos. Ruth se estremeció y tomó mi brazo. Comenzamos a ir cuesta abajo, en dirección al bosque. « Me hubiera muerto de miedo, sin remedio posible, si hubiese estado sola» , me dijo. Y al cabo de un silencio, me preguntó: « ¿Ha leído usted *La caída de la Casa Usher*?» . Era evidente que quería contarme la historia y yo le dije que no, que no la había leído. Y ella comenzó: « Es acerca de un hermano y una hermana que se apellidan Usher y vivían en una especie de castillo con una pátina negra y lívida. Y hay hongos en las paredes y el hermano se llama Roderick y tiene una imaginación tan desatada que puede hacer versos sin detenerse a pensar. Y es moreno y muy guapo, con unos ojos muy grandes y una delicada nariz hebrea, como su hermana gemela, que se llama lady Madeline. Y los dos están muy enfermos, con una misteriosa dolencia nerviosa, y ella tiene accesos de catalepsia…» . Y continuó en el mismo tono la narración: eran fragmentos de Poe memorizados y luego vino una ráfaga de jerga de colegial en la década de los veinte. Entretanto, bajábamos por la hermosa ladera bajo las estrellas. Pronto estuvimos en el camino, avanzando hacia el negro muro del bosque. La pobre lady Madeline había muerto ya y el joven señor Usher se paseaba entre los tapices y los hongos en un estado de incipiente locura. ¡Y no era para menos! Ruth declamó en un emocionante murmullo: « ¿No dije acaso que mis sentidos estaban muy despiertos? Y ahora te digo que oí sus primeros leves movimientos en el hueco ataúd. Los oí hace muchos, muchos días» . La oscuridad se hizo más densa a nuestro alrededor y, de pronto, los árboles se cerraron sobre nosotros y nos vimos sumergidos en la doble noche del bosque. Arriba, en el tejado del follaje, se advertía de cuando en cuando un dentado destello de una oscuridad más pálida y azul y, a ambos lados del túnel, las paredes se abrían a veces en misteriosas hendiduras de confuso crespón gris y renegrida plata. Y ¡qué mohoso olor a putrefacción! ¡Qué escalofriante humedad en las mejillas! Se diría que la fantasía de Poe se había convertido en realidades sepulcrales. Parecía que habíamos entrado en la tumba de la familia Usher. Ruth estaba diciendo: « Y en esto, repentinamente, hubo una especie de sonido metálico, como cuando se deja caer una bandeja sobre un suelo de piedra, pero fue un sonido apagado, como

muy subterráneo, porque, sabe, había bajo la casa un enorme sótano donde toda la familia estaba enterrada. Y un minuto después, apareció en la puerta: la alta y amortajada figura de lady Madeline de Usher. Y había sangre en su blanco ropaje, pues había estado luchando durante toda una semana por salir del ataúd, porque, claro está, había sido enterrada viva…» . Y Ruth me explicó: « Es cosa que sucede a muchas personas. Por eso aconsejan que se ponga en el testamento: no me entierren hasta haber tocado las plantas de mis pies con un hierro al rojo. Si no nos despertamos, todo está en regla y pueden seguir con el entierro. No habían hecho esto con lady Madeline y sólo había tenido un ataque de catalepsia, del que despertó en el ataúd. Y Roderick la había oído todos aquellos días, pero, por la razón que fuera, no había dicho nada del asunto. Y ahora, ella estaba aquí, toda de blanco, con manchas de sangre, tambaleándose en el umbral. Y de pronto, lanzó un grito espantoso y cayó sobre él, quien también gritó y…» . Pero, en este momento, hubo una fuerte y ruidosa conmoción en la invisible maleza. Negro en la negrura, algo enorme se lanzó al camino, inmediatamente delante de nosotros. El grito de Ruth fue tan fuerte como los de Madeline y Roderick combinados. Se agarró de mi brazo y ocultó su rostro en mi manga. La aparición relinchó. Ruth gritó de nuevo. Hubo otro relincho y luego se oyó el repiqueteo de unos cascos en retirada. « No es más que un caballo extraviado» , dije. Pero las piernas de Ruth cedieron y, si no la hubiese sujetado y dejado suavemente en el suelo la chica se hubiera caído. Hubo un largo silencio. « Cuando te canses de estar sentada en el polvo» , dije irónicamente, « seguiremos nuestro camino» .

» "¿Qué hubiera hecho usted, si *hubiese* sido un fantasma?", me preguntó al fin. "Hubiera huido a todo correr y no hubiera vuelto hasta que todo hubiese terminado". "¿Qué quiere decir con 'todo terminado'?" preguntó. "Bien, ya sabes lo que pasa a quienes se encuentran con fantasmas", contesté. "O se mueren del susto en el lugar o su pelo se pone blanco y se vuelven locos".

» Pero, en lugar de reírse, como yo quería que lo hiciera, Ruth me dijo que era un tonto y rompió a llorar. Era demasiado precioso para desprenderse de él a la ligera el oscuro grumo que el caballo, Poe y la propia fantasía habían logrado cristalizar en su solución de sentimiento. ¿Recuerda esos enormes caramelos en el extremo de un palito que los niños chupan durante todo el día? Bien, eso mismo era su miedo: un caramelo para todo el día. Y quería disfrutar de él todo lo posible, chupándolo y chupándolo hasta que se agotara. Necesité casi media hora para ponerla de nuevo de pie y en sus cabales. Había pasado ya su hora de acostarse cuando llegamos a casa y Ruth fue directa a su habitación. Temí que tuviera pesadillas. Pero fue un temor vano. Durmió como un tronco y bajó a desayunar a la mañana siguiente alegre como una alondra. Pero una alondra que hubiera leído a Poe, que estuviera todavía interesada en los gusanos. Después del desayuno, salimos a la caza de gusanos y hallamos algo verdaderamente estupendo: una enorme larva de mariposa halcón, con marcas verdes y blancas

y un cuerno en su extremo posterior. Ruth la pinchó con una paja y el mísero ser se enroscó primeramente en un sentido y luego en otro, en un paroxismo de rabia y miedo impotentes. Y la chica cantó jubilosa: "Se enrosca el vil con espantosa angustia; la pantomima se hace su alimento; y el ángel ve con lágrimas acerbas la sangre humana en el colmillo horrendo". Pero esta vez el miedo cristalizado no era mayor que el diamante de un anillo de compromiso de veinte dólares. La idea de la muerte y la corrupción, que había saboreado la noche anterior por su acerbidad intrínseca, no era ahora más que un condimento, una especia que realzaba el gusto de la vida y lo hacía más deleitoso. "Colmillo horrendo…", repitió. Y pinchó de nuevo al verde gusano. "Colmillo horrendo…". Henchida de júbilo, comenzó a cantar a pleno pulmón: "Si fueras única en el mundo…".

» Por cierto —añadió Rivers—, es curioso cómo esa repugnante canción surge como un derivado de toda matanza en gran escala. Fue inventada durante la primera guerra mundial, revivió durante la segunda y fue canturreada de nuevo mientras los hombres se mataban en Corea. La última palabra en sentimentalismo acompaña a la última palabra en política maquiavélica y violencia que no discrimina. ¿Es algo que debemos agradecer? ¿O algo que debe hacernos desesperar de la raza humana? Yo no lo sé. ¿Lo sabe usted?

Yo meneé la cabeza.

—Bien, como le iba diciendo —continuó Rivers—, comenzó a cantar « Si fueras única en el mundo» , cambió al segundo verso en « y fuera yo colmillo horrendo» , se interrumpió y se abalanzó sobre *Grampus*, el perro de aguas, que eludió el ataque y salió disparado a través del prado, con Ruth en su persecución. Yo les seguí al paso y, cuando finalmente les alcancé, Ruth estaba de pie en un montículo, con *Grampus* jadeando a sus pies. Soplaba viento y Ruth lo enfrentaba, como una Victoria de Samotracia en miniatura, con el cabello levantado en torno a su menudo rostro encendido, su breve falda echada hacia atrás y flameando como una bandera y el algodón de su blusa apretado contra su cuerpecito, todavía casi tan liso y de chico como el de Tommy. Estaba con los ojos cerrados y sus labios se movían en una silenciosa rapsodia o invocación. Cuando yo me acerqué, el perro volvió la cabeza y movió su cortada cola, pero Ruth estaba demasiado lejos en su trance para oírme. Hubiera sido casi un sacrilegio molestarla; me detuve a unos metros de distancia y me senté sin ruido en la hierba. La observé. En esto, sus labios se abrieron en beatífica sonrisa y su rostro pareció iluminado por una luz interior. Su expresión cambió repentinamente; lanzó un pequeño grito, abrió los ojos y miró a su alrededor, con miedosa perplejidad. « ¡John!» , exclamó agradecida al verme. Vino corriendo hacia mí y se arrodilló a mi lado. « Cómo me alegra que esté usted aquí. Y ahí está mi buen *Grampus*. Casi creí…» . Se interrumpió y, con el índice de su mano derecha, se tocó la punta de la nariz, los labios y la barbilla. « ¿Parezco la misma?» , me preguntó. « La misma» le aseguré. « Y hasta diría que un poco

más que otras veces» . Se echó a reír y fue una risa más de alivio que de diversión. « Casi me había ido» , me confesó. « ¿Ido adónde?» , pregunté. « No lo sé» , me dijo, meneando la cabeza. « Fue ese viento. Soplando y soplando. Soplando y llevándose todo de mi cabeza; usted, *Grampus* y todos los demás, todos los de casa, todos los del colegio, todo lo que conozco o que alguna vez me haya interesado. Todo se fue y sólo quedó el viento y la sensación de estar viva. Y se estaban convirtiendo en la misma cosa y yéndose. Si les hubiese dejado irse, ya nada les hubiera detenido. Hubiera cruzado los montes, pasado sobre el océano e ido tal vez a uno de esos negros agujeros entre las estrellas que estuvimos mirando anoche» . Se estremeció. « ¿Cree usted que me hubiera muerto?» , me preguntó. « O tal vez hubiera caído en catalepsia, en forma que me hubieran tenido por muerta. Hubiera despertado en un ataúd» . Había vuelto a Edgar Allan Poe. Al día siguiente, me mostró unas lamentables aleluyas en las que los terrores de la noche y los éxtasis de la mañana habían sido reducidos a las conocidas tumbas y catacumbas de sus rimas. ¡Qué abismo entre impresión y expresión! Ahí está la ironía de nuestro destino: tener sentimientos shakesperianos y (a menos que tengamos la suerte de uno a mil millones de ser realmente Shakespeare), hablar de ellos como vendedores de automóviles, jovencitas o profesores. Practicamos la alquimia al revés: tocamos oro y lo convertimos en plomo; tocamos la lírica pura de la experiencia y la convertimos en los equivalentes verbales de mondongo y bazofia.

—¿No es usted demasiado optimista en cuanto a la experiencia? —le pregunté —. ¿Es siempre tan dorada y poética?

—Intrínsecamente dorada —insistió Rivers—. Poética por naturaleza esencial. Pero, desde luego, si está usted lo bastante acostumbrado al mondongo y la bazofia que nos sirven los que moldean la opinión pública, tenderá a contaminar sus impresiones en la misma fuente; recreará el mundo a la imagen de sus propias nociones y, desde luego, sus propias nociones son las nociones de todos los demás. De este modo el mundo en que vive consistirá en los Mínimos Denominadores Comunes de la cultura local. Pero la poesía original está siempre ahí; siempre —insistió.

—¿Hasta para los viejos?

—Sí, hasta para los viejos. A condición, claro está, de que puedan recuperar su perdida inocencia.

—Y ¿usted siempre lo logra, acaso?

—Créase o no —contestó Rivers—, yo lo consigo a veces. O tal vez sea más exacto decir que eso me sucede en ocasiones. Me sucedió ayer, por ejemplo, mientras jugaba con mi nieto. Durante breves instantes: la transformación del plomo en oro, de la solemne bazofia profesoral en poesía, en esa poesía que era la vida todo el tiempo mientras viví con los Maartens. En todo momento.

—¿Incluidos los momentos del laboratorio?

—Eran de los mejores —me contestó—. Momentos de trabajo en el papel, momentos de enredar con artilugios experimentales, momentos de discusión y polémica. Todo era pura poesía idílica, como algo sacado de Teócrito o Virgilio. Cuatro jóvenes doctores en física en el papel de aprendices de cabrero, con Henry como patriarca, enseñando a sus muchachos las artes del oficio, extrayendo perlas de sabiduría, mostrándonos sin pausa los prodigios del nuevo panteón de la física teórica. Tomaba la lira y cantaba rapsodias sobre la metamorfosis de la Masa terrenal en celestial Energía. Cantaba los amores sin esperanza del Electrón por su Núcleo. Honraba con el caramillo a los Cuantos y hacía oscuras referencias a los misterios de la Indeterminación. Era idílico. Recuerde que eran los días en que se podía ser físico sin sentirse delincuente, los días en que era todavía posible creer que se estaba trabajando para mayor gloria de Dios. Ahora, no nos permiten ni el consuelo de engañarnos a nosotros mismos. Nos paga la Marina y nos vigila la Oficina Federal de Investigaciones. Ni por un momento nos permiten que nos olvidemos de lo que estamos haciendo. *¿Ad majorem Dei gloriam?* ¡No sea usted majadero! *Ad majorem hominis degradationem*; a eso está usted dedicado. Pero en 1921 las máquinas infernales estaban a buen recaudo en lo futuro. En 1921 no había más que un puñado de inocentes discípulos de Teócrito que disfrutaban de la más bonita de todas las limpias diversiones científicas. Y cuando la diversión en el laboratorio terminaba, yo llevaba a Henry a casa en el Maxwell y comenzaba allí otra clase de diversión. A veces, era Timmy, que tenía dificultades con la regla de tres. A veces, era Ruth, que sencillamente no podía comprender por qué el cuadrado de la hipotenusa tenía que ser *siempre* igual a la suma de los cuadrados de los catetos. En *este* caso, sí; estaba dispuesta a admitirlo. Pero ¿por qué todas las veces? Se apelaba a su padre. Pero Henry había vivido tanto tiempo en el mundo de la Matemática Superior que se había olvidado de sumar. Y le interesaba Euclides únicamente porque Euclides era el clásico ejemplo de razonamiento basado en un círculo vicioso. Después de unos cuantos minutos de conversación en la que nadie se entendía, el gran hombre se aburría y se eclipsaba calladamente, dejando en mis manos la tarea de resolver el problema de Timmy por algún método algo más sencillo que el análisis vectorial y de disipar las dudas de Ruth con argumentos algo menos subversivos para toda fe en la racionalidad que los de Hubert o Poincaré. Y luego, a la hora de la cena, había la alborotada diversión de los chicos contando a su madre los acontecimientos del colegio; la sacrílega diversión de Katy interrumpiendo bruscamente un soliloquio sobre la relatividad general con una acusadora pregunta acerca de unos pantalones de franela que Henry debiera haber recogido en la tintorería; la diversión, evocadora de las antiguas plantaciones, que suponían los comentarios de Beulah o la épica diversión de uno de sus agresivos y mímicos relatos de cómo sacrificaban cerdos en el campo. Y luego, cuando los chicos se habían ido a la

cama y Henry se había encerrado en su estudio, había la diversión de las diversiones: mis veladas con Katy.

Rivers se echó hacia atrás en su asiento y cerró los ojos.

—Mi memoria visual no es muy buena —dijo al cabo de un breve silencio—. Pero el papel de la pared, estoy muy seguro de ello, era de un rosa polvoriento. Y la pantalla era indudablemente roja. Necesariamente era así, porque Katy siempre tenía un rostro encendido cuando, sentada junto a la luz, zurcía nuestros calcetines o cosía los botones de sus hijos. Encendido el rostro, pero nunca las manos. Las manos se movían en la luz no tamizada por la pantalla. ¡Qué manos más fuertes! —añadió, sonriéndose a sí mismo—. ¡Qué manos eficientes! ¡No eran en modo alguno espirituales apéndices de damisela! Eran manos honradas muy hábiles con los destornilladores; manos que podían arreglar las cosas que se estropeaban; manos que podían dar un masaje o, en caso necesario, una zurra; manos que eran geniales para la repostería y a las que no importaba vaciar tinajas de agua sucia. Y el resto de ella estaba a tono con sus manos. Tenía el cuerpo de una fuerte joven matrona. Una matrona con el rostro de una sana campesina. No, esto no es totalmente exacto. Era el rostro de una diosa disfrazada de sana campesina. Demeter, tal vez. No, Demeter era demasiado triste. Y tampoco era Afrodita; no había nada de fatal u obsesivo en la femineidad de Katy, nada conscientemente sexual. Si había allí una diosa, tenía que ser Hera. Hera representando el papel de una lechera, pero de una lechera con una inteligencia, de una lechera que había ido al colegio. —Rivers abrió los ojos y reemplazó la pipa entre sus dientes. Todavía se estaba sonriendo—. Recuerdo algunas de las cosas que dijo acerca de los libros que yo solía leer en voz alta en las veladas. H. G. Wells, por ejemplo. Le recordaba los arrozales de su California natal. Hectáreas y hectáreas de agua reluciente, pero nunca con profundidad superior a las dos pulgadas. Y las damas y los caballeros de las novelas de Henry James: ¿eran seres, que podían decidirse alguna vez a ir al retrete? Y D. H. Lawrence. ¡Cómo le gustaban sus primeros libros! Todos los hombres de ciencia debieran seguir un curso de Lawrence después de graduarse. Soltó esto al rector cuando vino a cenar. Era un químico distinguidísimo. Y si la cosa era *post hoc* o *propter hoc*, no lo sé, pero lo cierto es que su mujer parecía segregar por todas partes ácido acético puro. Las observaciones de Katy fueron muy mal recibidas. —Rivers se rió—. Algunas veces —continuó—, no leíamos; conversábamos, simplemente. Katy me habló de su infancia en San Francisco. De los bailes y fiestas a que asistió cuando entró en sociedad. De tres muchachos que estaban enamorados de ella: a cual más rico y, si ello era posible, más estúpido. A los diecinueve, se comprometió con el más rico y tonto de los tres. Se compró el ajuar y comenzaron a llegar regalos de boda. Y en esto, Henry Maartens apareció en Berkeley como profesor visitante. Katy le oyó una conferencia sobre la filosofía de la ciencia y, después de la conferencia, asistió a

una fiesta en honor del conferenciante. Fueron presentados. Henry tenía la nariz de un águila y los pálidos ojos de un gato siamés; se parecía a los retratos de Pascal y, cuando se reía, hacía un ruido que recordaba una tonelada de coque cayendo por un conducto. En cuanto a lo que *él* vio, no creo que la descripción hubiera sido posible. Yo conocí a Katy cuando tenía treinta y seis, cuando era Hera. A los diecinueve, tuvo que ser Hebe, las tres Gracias y todas las ninfas de Diana en una sola persona. Y Henry, recuerde, acababa de ser abandonado por su primera mujer. Era un divorciado. ¡Pobre mujer! Sencillamente, no tenía la fortaleza suficiente para representar todos los papeles que le habían sido asignados: querida de un amante incansable, administradora de un simple que estaba siempre en las nubes, secretaria de un hombre genio y matriz, placenta y sistema circulatorio para el equivalente psicológico de un feto. Después de dos partos desgraciados y una grave depresión nerviosa, la desdichada hizo sus maletas y se marchó a casa de su madre. Henry quedó desamparado; sus cuatro seres (el feto, el genio, el simple y el amante voraz), andaban a la busca de una mujer capaz de satisfacer las demandas de una relación simbiótica en la que todo el dar estaría de parte de ella y todo el rapaz e infantil tomar de parte de él. La búsqueda duraba ya la mayor parte de aquel año. Henry estaba ya desesperándose. Y ahora, repentinamente, providencialmente, se veía ante Katy. Fue un amor a primera vista. La llevó a un rincón y, olvidándose de todos los demás presentes, comenzó a hablarle. Sobra decir que ni por un momento se le ocurrió a Henry pensar que Katy podía tener sus propios intereses y problemas; jamás se imaginó que tal vez fuera buena cosa que la joven se explayara. Se limitó a exponer a su interlocutora lo que en aquel momento estaba ocupando su atención de estudioso: unos recientes acontecimientos en el campo de la lógica. Katy, desde luego, no comprendió una sola palabra de lo que se le decía, pero Henry era tan manifiestamente un genio y todo resultó tan indescriptiblemente maravilloso que allí mismo, antes que la fiesta acabara, la joven pidió a su madre que invitara a Henry a cenar. Nuestro genio aceptó la invitación, terminó de soltar lo que tenía que decir y, mientras la señora Hanbury y los otros invitados jugaban al bridge, se sumergió con Katy en la semiología. Tres días después, la Sociedad Audubon organizó una especie de fiesta campestre y los dos se arreglaron para permanecer separados de los demás junto a un arroyo. Y finalmente, hubo aquella noche en que fueron a oír *La Traviata.* Rum-tum-tum-TUM-te-tum. —Rivers tarareó el tema del preludio del tercer acto—. Fue irresistible. Siempre lo es. Cuando regresaban a casa en el taxi, él la besó. La besó con pasión y, al mismo tiempo, con un tacto y un arte de los que no habían sido en modo alguno nuncios ni la semiología ni la distracción permanente. Después de esto, resultó manifiesto que el compromiso con el pobre Randolph había sido una equivocación. Pero ¡qué alboroto se armó cuando Katy anunció su intención de convertirse en señora de Henry Maartens! ¡Un profesor medio loco,

sin nada más que su sueldo, divorciado de su primera esposa y, para colmo, con edad suficiente para ser el padre de ella! Pero cuanto pudieran decir no venía al caso. Lo único que importaba era que Henry pertenecía a otra especie; y esta especie, no la de Randolph (*Homo sapiens*, no *Homo stultus*), era la que interesaba a Katy. Tres semanas después del terremoto, se casaron. ¿Echó Katy alguna vez de menos a su millonario? ¿Echó de menos a *Randolph*? Para pregunta tan absurdamente ridícula, la respuesta fue una carcajada. Pero sus caballos, añadió Katy, mientras se enjugaba las lágrimas de risa, eran otra cosa. Sus caballos eran árabes, el ganado de su rancho Hereford puro y, detrás de la casa de este rancho, había un gran estanque con los patos y gansos más bonitos que cabe imaginar. Lo peor de ser la mujer de un profesor pobre en una gran ciudad es que nunca se consigue apartarse de la gente. Y no sólo de gente vive un alma; necesita también caballos, necesita también cerdos y gansos. Randolph hubiera podido proporcionar a Katy cuantos animales hubiese deseado, pero a un costo: él mismo. Katy había sacrificado a los animales y optado por el genio. Por el genio con todos sus inconvenientes. Y francamente, Katy lo admitía riéndose, con una especie de risueño desapego, francamente, *había* inconvenientes. A su modo, aunque por razones completamente diferentes, Henry podía ser casi tan tonto como el mismo Randolph. Un estúpido en lo que a las relaciones humanas se refería, un perfecto insustancial en todos los asuntos prácticos de la vida. Pero ¡qué insustancial tan atractivo, qué estúpido tan lúcido! Henry podía ser totalmente insoportable, pero siempre valía la pena. *¡Siempre!* Y Katy me hizo el cumplido de añadir que, cuando yo me casara, mi mujer tal vez pensara lo mismo de mí. Un insoportable, pero que valía la pena.

—Ha dicho usted que no era conscientemente sexual —contesté.

—Y es verdad —dijo—. Usted cree que, con ese halago, estaba poniendo cebo en su anzuelo. Pues no es así. Se limitaba a consignar un hecho. Yo tenía mis dotes, pero era también insoportable. Veinte años de educación formal y toda la vida con mi pobre madre habían producido un verdadero monstruo. —Con la ayuda de los extendidos dedos de su mano izquierda, fue enumerando los componentes del monstruo—: Era una calabaza erudita; era un atleta que no sabía decir bu a una chica; era un fariseo con un complejo de inferioridad, un mojigato que envidiaba secretamente a las personas que condenaba. Y sin embargo, a pesar de todo, valía la pena tratar conmigo. Era un hombre de buenísima intención.

—Y en este caso, según me imagino, hizo algo más que tener buenísima intención. Se enamoró de Katy ¿verdad?

Hubo una breve pausa y Rivers asintió lentamente con la cabeza.

—Como un loco —dijo.

—Pero usted era incapaz de decir *bu* a una chica.

—Katy no era una chica —contestó—. Era la mujer de Henry. El *bu* en este

caso era inimaginable. Además, yo era un Maartens honorario y esto hacía de Katy mi madre honoraria. Y no era únicamente una cuestión de moralidad. Nunca *quise* decirle *bu*. La amaba metafísicamente, casi teológicamente, como Dante amó a Beatriz, como Petrarca amó a Laura. Con una pequeña diferencia, sin embargo. En *mi* caso, todo era sincero. Yo *vivía* realmente mi idealismo. No tenía a mi lado Petrarquitas ilegítimos. No había una señora Alighieri ni ninguna de esas rameruelas a las que Dante juzgaba necesario recurrir. Era pasión, pero era también castidad. Y las dos candentes. Pasión y castidad —repitió. Meneó la cabeza—. A los sesenta, nos olvidamos de lo que esas palabras significan. Hoy, sólo conozco el significado de la palabra que las ha reemplazado: indiferencia, *Io son Beatrice* —declamó—. Y es basura cuanto no sea Elena. ¿Qué quiere usted? La vejez tiene otras cosas en qué pensar.

Rivers quedó silencioso. Y bruscamente, como para elucidar lo que había estado diciendo, sólo hubo el tictac del reloj sobre la repisa de la chimenea y los susurros de las llamas entre los leños.

—¿Cómo se puede creer en la propia identidad? —continuó—. En lógica, A es igual a A; pero no en la realidad. Yo-Ahora es una cosa; Yo-Entonces una cosa distinta. Estoy viviendo ahora el John Rivers que sentía esa pasión por Katy. Es como una comedia de títeres, es como Romeo y Julieta vistos por unos gemelos de teatro al revés. No, ni eso: es como ver por unos gemelos de teatro al revés a los fantasmas de Romeo y Julieta. Y Romeo se llamó en un tiempo John Rivers, y estaba enamorado, y tenía por lo menos diez veces más vida y energía que en tiempos ordinarios. Y el mundo en que vivía ¡cuán transfigurado estaba!

» Recuerdo cómo miraba los paisajes. Los colores eran incomparablemente más brillantes que ahora y las líneas que las cosas trazaban en el espacio inverosímilmente bellas. Recuerdo cómo miraba a su alrededor por las calles y que St. Louis, créase o no, era la más espléndida ciudad que jamás se hubiera edificado. Las personas, las casas, los árboles, los Ford modelo T, los perros que se acercaban a las farolas… Todo era más significativo. Y usted tal vez pregunte más significativo de qué. Y la respuesta es: de sí mismos. Goethe estaba totalmente equivocado. *Alles vergangliche* no es un *Gleichnis*. En cada instante, toda transitoriedad es eternamente esa transitoriedad. Lo que significa es su propio ser y ese ser, como se ve claramente cuando se está enamorado, es lo mismo que el Ser con la mayor de las Eses mayúsculas. ¿Por qué se ama a la mujer de la que se está enamorado? Porque es. Y eso es, al fin y al cabo, la definición que Dios da de Sí Mismo: Yo soy el que soy. La mujer que queremos es lo que ella es. Algo de su ser se desparrama e impregna el universo entero. Los objetos y los acontecimientos dejan de ser meras representaciones de clase y se convierten en su propia singularidad; ya no son ilustraciones de abstracciones verbales, pues se han hecho completamente concretos. Luego, el enamoramiento acaba y el universo se derrumba, con un chirrido de burla casi

audible, y vuelve a su insignificancia normal. ¿Podría *mantenerse* permanentemente transfigurado? Tal vez sí. Tal vez todo consista en enamorarse de Dios. Pero eso —añadió Rivers— no está aquí ni allí. O mejor dicho, es la única cosa que está aquí, allí y en todas partes. Pero, si decimos esto, perderemos a todos nuestros amigos respetables y cabe que terminemos en un manicomio. Vale más, pues, que volvamos a algo menos peligroso. Que volvamos a Katy, que volvamos a la lamentación…

Se interrumpió.

—¿No ha oído algo?

Esta vez lo oí claramente. Era, sofocado por la distancia y un esfuerzo heroico, el sollozo de un niño.

Rivers se levantó, metió la pipa en su bolsillo, se dirigió a la puerta y la abrió.

—¿Bimbo? —llamó, con acento interrogante. Y luego se preguntó a sí mismo —: ¿Cómo diablos ha podido salir de su camita?

Por toda respuesta hubo un sollozo más fuerte.

Rivers salió al vestíbulo y poco después se oyeron unos pesados pasos en la escalera.

—Bimbo —oí que Rivers decía—. Bimbo querido… Venías a sorprender a Santa Claus con las manos en la masa, ¿verdad?

Los sollozos se convirtieron en un trágico crescendo. Me levanté y seguí a mi amigo. Rivers estaba sentado en lo alto de la escalera, rodeando con sus brazos, gigantescos con aquella chaqueta de mezclilla, a un chiquillo en pijama azul.

—Soy el abuelo —repetía Rivers—. El abuelo grandote. Bimbo no ha de tener miedo con el abuelo. —El llanto se fue extinguiendo—. ¿Qué ha despertado a Bimbo? —preguntó Rivers—. ¿Qué le ha hecho salir de su camita?

—El pero —dijo el niño—. El pero gande. —El recuerdo de su sueño le hizo llorar de nuevo.

—Los perros son tontos —le aseguró Rivers—. Los perros son tan tontos que sólo pueden decir guau-guau. Piensa en cambio en las muchas cosas que tú puedes decir. Mamá. Papá. Gatito. Los perros no son listos. No pueden decir ninguna de esas cosas. Sólo pueden decir guau-guau-guau. —Imitó a un sabueso —. O si no, guau, au, au. —Ahora, fue un Pomerania—. O si no, Gu-u-u-u-au. —Aulló lúgubre y grotescamente. De manera incierta, entre sollozo y sollozo, el niño comenzó a reírse—. Eso es —dijo Rivers—. Bimbo se ríe de esos estúpidos perros. Cada vez que los ve, cada vez que los oye ladrar tontamente, se ríe, se ríe y se ríe. —Esta vez el niño se rió de buena gana—. Y ahora, el abuelo y Bimbo van a dar un paseo. —Con el niño siempre en brazos, Rivers se levantó y avanzó por el pasillo—. Ésta es la habitación del abuelo —dijo, abriendo la primera puerta—. No creo que haya aquí cosas de interés. —La puerta siguiente estaba entreabierta; entró—. Y ésta es la habitación de mamá y papá. Y aquí, en éste armario, está toda la ropa de mamita. ¡Qué bien huele! —Olfateó ruidosamente.

El niño le imitó—. Es el Shocking de Schiaparelli —continuó Rivers—. ¿O es Femme? De todos modos, es para lo mismo, porque es el sexo, el sexo, el sexo, lo que hace girar al mundo, como, siento decirlo, comprobarás, mi pobre Bimbo, dentro de unos cuantos años. —Frotó cariñosamente su mejilla contra el suave pelo rubio del niño y luego se coloco delante del espejo de cuerpo entero instalado en la puerta del cuarto de baño—. ¡Mírenos! —me llamó—. ¡Mírenos, aquí estamos!

Me acerqué y me puse a su lado. Allí estábamos en el espejo: un par de viejos un tanto doblados por el peso de los años y, en brazos de uno de ellos, un menudo y exquisito Niño Jesús.

—Y pensar —dijo Rivers— que también nosotros fuimos antaño así. Se comienza como un pedazo de protoplasma, como una máquina para comer y excretar. Se crece hasta convertirse en esto. En algo casi sobrenaturalmente puro y bello. —Apoyó de nuevo su mejilla en la cabeza del niño—. Luego, viene la edad ingrata, con los granos y la pubertad. Después, durante un par de años, a los veintitantos, somos Praxíteles. Pero Praxíteles pronto empieza a engordar y a perder pelo y, durante los cuarenta años siguientes, degeneramos hasta convertirnos en una u otra variedad del gorila humano. El gorila fusiforme; ése es usted. El gorila apergaminado; ése soy yo. Otras veces, es el tipo de gorila que se llama negociante próspero; ya sabe, ese que parece el trasero de un niño, con dentadura postiza. En cuanto a las hembras… Esos pobres seres de mejillas pintadas y orquídeas en el pecho… No hablemos de ellas; ni pensemos en ellas siquiera.

El niño bostezó a nuestras reflexiones; luego, se volvió, tomó como almohada el hombro de su abuelo y cerró los ojos.

—Creo que podemos llevarle de nuevo a su camita —murmuró Rivers. Y emprendió la marcha hacia la puerta.

—Se siente por ellos una pena infinita —dijo Rivers, mientras los dos, de pie junto a la camita unos minutos después, contemplábamos la carita del niño, transfigurada por el sueño en la imagen de una serenidad ultraterrena—. No saben adónde van. Setenta años de emboscadas y traiciones, de trampas y desencantos.

—Y de diversión —añadí—. A veces, de gran diversión, de júbilo, de éxtasis.

—Desde luego —admitió Rivers, volviéndose y alejándose de la camita—. Eso es el cebo para las trampas. —Apagó la luz, cerró cuidadosamente la puerta y me siguió escaleras abajo—. Diversión… Toda clase de diversiones. La del sexo, la de la mesa, la del poder, la de la comodidad, la de la posesión, la de la crueldad, pero el cebo oculta un anzuelo o, en otro caso, cuando nos lo tragamos, pone en movimiento un disparador y se nos vienen encima los ladrillos, el balde de cola o cualquier otra cosa que el bromista cósmico nos haya podido preparar. —Nos volvimos a sentar, a cada lado de la chimenea, en la biblioteca—. ¿Qué

clase de trampas esperan a esa pobre criatura, a ese angelito que hemos dejado en su cama? Es odioso imaginarlo. El único consuelo es que hay ignorancia antes del acontecimiento y olvido después de él o, por lo menos, indiferencia. ¡No hay escena del drama que no resulte una insignificancia en otro universo! Y al final, claro está, espera siempre la muerte. Y mientras haya muerte, habrá esperanza. —Volvió a llenar nuestros vasos y a encender su pipa—. ¿Dónde estaba?

—En el cielo —contesté—. Con la señora Maartens.

—En el cielo —repitió Rivers. Y tras una pausa, continuó—: Duró unos quince meses. De diciembre a la segunda primavera, con una interrupción de diez semanas en verano, mientras la familia estaba en Maine. Diez semanas de lo que se suponía que eran mis vacaciones en casa, pero que era en realidad, a pesar de la casa familiar, a pesar de mi pobre madre, el más desolado destierro que cabe imaginar. Y no era únicamente que echara de menos a Katy. Echaba de menos a todos: a Beulah en la cocina, a Timmy en el suelo con sus trenes, a Ruth y sus disparatados poemas, a Henry con su asma, a su laboratorio y sus extraordinarios monólogos sobre todas las cosas. ¡Qué bienaventuranza era reconquistar en septiembre aquel paraíso! El Edén en otoño, con las hojas secándose, el cielo todavía azul y la luz pasando del oro a la plata. Luego, el Edén en invierno, un Edén con las luces encendidas, la lluvia azotando los cristales y los desnudos árboles recortándose como jeroglíficos en el cielo de poniente. Y luego, a comienzos de esa segunda primavera, hubo un telegrama de Chicago. La madre de Katy estaba enferma. Nefritis. Y eran los días anteriores a las sulfamidas, anteriores a la penicilina. Katy hizo sus maletas y se fue a la estación a tiempo para tomar el primer tren. Los dos niños (los tres, si se cuenta a Henry) quedaron a cargo de Beulah y de mí mismo. Timmy no nos dio ningún quehacer. Pero los otros dos, se lo aseguro, compensaron con creces la cordura de Timmy. La poetisa rechazaba sus ciruelas pasas a la hora del desayuno, se declaró enemiga del peine y descuidaba totalmente sus deberes del colegio. El premio Nobel se levantaba muy tarde, faltaba a todas las citas. Y hubo delitos todavía más graves. Ruth rompió su hucha de barro y despilfarró un año de ahorros en un estuche de cosmética y en un frasco de perfume barato. Al día siguiente de la partida de Katy, recordaba por su aspecto y su olor a la Ramera de Babilonia.

—¿Para beneficio del Gusano Conquistador?

—Los gusanos habían desaparecido de la circulación —contestó Rivers—. Poe era un anticuado, un personaje de los tiempos de Maricastaña. Ruth había estado leyendo a Swinburne y acababa de descubrir los poemas de Oscar Wilde. El universo era ahora completamente diferente y ella misma era un ser distinto, otra poetisa, con un vocabulario de nuevo cuño… Pecado deleitoso; deseo y pasión; garras de jaspe; el dolor de purpúreos pulsos; los trances y las rosas del vicio; y labios, desde luego, labios mutuamente torturados y mordidos hasta que los besos tenían sabor a sangre… Todo ese mal gusto adolescente de la rebelión

de los últimos tiempos victorianos. Y en el caso de Ruth, las nuevas palabras habían sido acompañadas por nuevos hechos. Ya no era un chiquillo con falda y trenzas; ahora era un capullo de mujer, con dos menudos pechos que llevaba delicada y cuidadosamente, como si fueran un par de animalitos infinitamente preciosos, pero también peligrosos y perturbadores. Cabía advertir que eran la fuente de una mezcla de orgullo y vergüenza, de intenso placer y, como consecuencia, de una obsesionante sensación de culpa. ¡Qué desesperante crudo es nuestro lenguaje! Si no mencionamos los correlatos fisiológicos de la emoción, no nos ajustamos a los hechos. Pero, si los mencionamos, parece que estamos tratando de mostrarnos groseros y cínicos. Se trate de una pasión o de la aspiración de una polilla a las estrellas, se trate de ternura, adoración o ansia romántica, el amor está siempre acompañado por acontecimientos en los extremos de los nervios, la piel, las membranas mucosas, los tejidos glandulares y eréctiles. Quienes se callan esto son unos mentirosos. Quienes lo dicen son tachados de pornográficos. Es, desde luego, culpa de nuestra filosofía de la vida y nuestra filosofía de la vida es el inevitable derivado de un lenguaje que separa en la idea lo que en el hecho real es siempre inseparable. Una de las abstracciones es « bueno» y la otra es « malo» . « No juzgues si no quieres ser juzgado» . Pero la naturaleza del lenguaje es tal que juzgar es para nosotros inevitable. Lo que necesitamos es otro juego de palabras. Palabras que expresen la natural unión de las cosas. Muco-espiritual, por ejemplo, o dermatocaridad. Y ¿por qué no mastoética? ¿Por qué no viscerosofía? Pero pasado, claro está, de la indecente oscuridad de un lenguaje erudito a algo que se pueda utilizar en la conversación cotidiana o hasta en la poesía lírica. ¡Qué difícil resulta, sin esas palabras todavía inexistentes, examinar inclusive un caso tan sencillo y evidente como el de Ruth! Lo más que podemos hacer es andar a tumbos con metáforas. Una saturada solución de sentimientos que puede cristalizarse desde fuera o desde dentro. Palabras y acontecimientos que caen en la sopa psicofísica y la espesan en grumos de emoción y sentimiento productores de acción. Luego, vienen los cambios glandulares y la aparición de esos encantadores animalitos que la niña lleva con tanto orgullo y turbación. La solución emocional queda enriquecida por una nueva sensibilidad que va, a través de la piel y desde los extremos de los nervios, hasta el alma, el subconsciente, el superconsciente, el espíritu. Y estos nuevos elementos psico-eréctiles de personalidad imparten una especie de movimiento a la solución emocional, hacen que discurra en una dirección específica, hacia la todavía no cartografiada ni diferenciada región del amor. En esta corriente de sentimiento de orientación amorosa, la casualidad deja caer una diversidad de agentes cristalizadores: palabras, sucesos, el ejemplo de otras personas, fantasías y recuerdos privados, todos los innumerables recursos de que disponen los Hados para moldear el destino humano individual. Ruth había tenido la desgracia de pasar de Poe a Algernon y Oscar, del *Gusano Conquistador* a

Dolores y Salomé. Combinada con los nuevos hechos de su propia fisiología, la nueva literatura hizo absolutamente necesario para la pobre niña que se manchara la boca con lápiz labial y empapara sus combinaciones con violencia sintética. E iban a seguir cosas peores.

—¿Ámbar gris sintético?

—Mucho peor: amor sintético. Se convenció a sí misma de que estaba locamente, swinburnescamente, enamorada. Y no se le ocurrió otra cosa que elegirme a mí como objeto de su pasión.

—¿No pudo elegir a alguien más de su tamaño?

—Lo intentó —contestó Rivers—, pero no resultó. Lo supe por Beulah, a la que se había confiado. La trágica historia de una chica de quince años que adora al heroico futbolista y ganador de becas de diecisiete. Había elegido, en efecto, a alguien más de su tamaño, pero, en esa época de la vida, dos años constituyen un abismo casi infranqueable. El héroe se interesaba únicamente por chicas de una madurez comparable a la propia: chicas de dieciocho, de diecisiete y, a lo sumo, de dieciséis bien desarrolladas. Una huesuda chiquilla de quince como Ruth quedaba desechada. Ruth se vio en la situación de una doncella victoriana de humilde cuna que se hubiera enamorado de un duque. Durante largo tiempo, el joven héroe ni la advirtió y, cuando, finalmente, Ruth le obligó a que se fijara en ella, comenzó por reírse y acabó mostrándose grosero. Fue entonces cuando Ruth decidió convencerse de que era de mí de quien estaba enamorada.

—Pero, si el de diecisiete era demasiado viejo ¿por qué fue a buscar uno de veintiocho? ¿Por qué no uno de dieciséis?

—Había varias razones. El desaire había sido público y, si Ruth hubiese elegido a un jovenzuelo granujiento como reemplazante del futbolista, las otras chicas la hubieran compadecido por delante y se hubieran reído de ella por detrás. Tenía que ser descartado cualquier otro compañero de colegio. Pero Ruth sólo conocía a sus compañeros y a mí. No había opción. Si era necesario que se enamorara de alguien, y los nuevos hechos fisiológicos la inclinaban al amor y el nuevo vocabulario le imponía el amor como un imperativo categórico, yo era el hombre. La cosa comenzó realmente varias semanas antes de que Katy partiera para Chicago. Yo había advertido una serie de síntomas premonitorios: rubores, silencios, bruscas e inexplicables salidas en medio de las conversaciones, accesos de celoso malhumor cuando yo parecía preferir la compañía de la madre a la de la hija. Y había además, claro está, los poemas amorosos que Ruth insistía en mostrarme, para turbación de los dos. *Besos, accesos, excesos. Emoción, pasión, corazón. Amor, dolor, temor*. Me miraba intensamente mientras yo leía sus cosas y no era meramente la mirada ansiosa del novicio literario a la espera del juicio del crítico; era la mirada húmeda, vasta y lustrosa de un perro en adoración, de una Magdalena de la Contrarreforma, de la víctima voluntaria a los pies de su predestinado Barba Azul. Yo me sentía extraordinariamente incómodo y me

preguntaba a veces si no sería buena cosa, para bien de todos, hablar del asunto con Katy. Sin embargo, alegaba, si mis sospechas resultaran infundadas, quedaría a los ojos de todos como un fatuo ridículo y, en caso contrario, crearía un conflicto a la pobre Ruth. Valía más no decir nada y esperar a que aquella simpleza se disipara. Valía más seguir fingiendo la creencia de que los poemas eran simples ejercicios literarios que nada tenían que ver con la vida real o con los sentimientos de su autor. Y así continuaron las cosas, clandestinamente, como un Movimiento de Resistencia, como la Quinta Columna, hasta el día de la partida de la madre. Al volver a casa en el coche, yo me preguntaba con aprensión qué sucedería entonces, eliminada la presencia represiva de Katy. La respuesta llegó a la mañana siguiente: carrillos pintados, una boca como una fresa demasiado madura y ¡aquel horrible perfume de casa de lenocinio!

—Con una conducta a tono, supongo.

—Eso es lo que esperé, desde luego. Pero, curiosamente, no se materializó en los primeros momentos. Ruth no parecía sentir la necesidad de *representar* su nuevo papel; le bastaba con la *caracterización*. Quedaba satisfecha con los signos y emblemas de la gran pasión. Al oler su ropa interior de algodón y al contemplar en el espejo su carita ridículamente pintada, podía olerse y verse como otra Lola Montes, sin tener que hacer nada para fundamentar su derecho al título. Y no era únicamente el espejo lo que le decía en qué se había convertido: eran también sus atónitas, envidiosas y criticonas compañeras y sus escandalizados profesores. Las miradas y los comentarios de toda esta gente corroboraban las fantasías íntimas. No era la única en saberlo; los demás también reconocían que se había transformado en la *grande amoureuse*, en la *femme fatale*. Todo resultaba tan nuevo, excitante y absorbente que, por algún tiempo, gracias al cielo, quedé olvidado. Además, yo había cometido la imperdonable ofensa de no tomar en serio la última personificación de la chica. Fue el primer día de la nueva revelación. Cuando bajé, me encontré en el vestíbulo a Ruth y Beulah, disputando acaloradamente. La vieja estaba diciendo: « ¡Una mocosa como tú! No sé cómo no te da vergüenza» . La mocosa trató de alistarme como un aliado. « ¿Verdad que a mamá no le puede importar que me arregle un poco?» . Beulah no me dio tiempo para contestar. « Ya te diré yo lo que hará tu madre» , dijo con énfasis e implacable realismo. « Te dirigirá una mirada y luego se sentará, te pondrá boca abajo sobre sus rodillas, te bajará los pantalones y te dará la zurra mayor de tu vida» . Ruth dedicó a la vieja una mirada de frío y altanero desprecio y dijo: « No estaba hablando contigo» . Luego, se volvió en mi dirección: « ¿Qué dice usted, John?» . Los labios de reventada fresa se retorcieron en lo que quería ser una sonrisa ricamente voluptuosa, mientras que los ojos me dedicaban una versión más audaz de su mirada de adoración. « ¿Qué dice *usted*?» , insistió. En mera defensa propia, le dije la verdad. « Creo que Beulah está en lo cierto» , declaré. « Una zurra de primera» . La sonrisa desapareció, los

ojos se ensombrecieron y achicaron y las mejillas se encendieron con el enfado debajo de la capa de *rouge*. « Es usted el ser más odioso del mundo» , dijo. « ¿Odioso?» , repitió Beulah. « ¿Quién es aquí la odiosa? ¿Me lo quieres decir?» . Ruth torció el gesto y se mordió el labio, pero logró pasar por alto a la vieja. « ¿Qué edad tenía Julieta?» , preguntó con tono de anticipado triunfo. « Tenía un año menos que tú» , contesté. El triunfo se reflejó en una sonrisa de burla. « Pero Julieta» , continué, « no iba al colegio. No tenía clases ni deberes en casa. Sus únicas ocupaciones eran pensar en Romeo y pintarse la cara, si es que se la pintaba, que lo dudo. En cambio, tú tienes el álgebra, tienes el latín y tienes los verbos irregulares franceses. Te han dado la preciosa oportunidad de convertirte algún día en una joven razonablemente civilizada» . Hubo un largo silencio. Luego, Ruth dijo: « ¡Cómo le odio!» . Era el grito de una Salomé ofendida, de una Dolores con santa indignación por haber sido confundida con una colegiala. Comenzaron a correr las lágrimas. Cargadas con el negro hollín que sombreaba los ojos, se abrieron paso por los llanos aluviales de colorete y polvo « ¡Odioso!» , sollozaba. « ¡Más que odioso!» . Se enjugó las lágrimas; luego, al advertir aquel horrible revoltijo de su pañuelo, lanzó un grito de horror y escapó escaleras arriba. Cinco minutos después, serena y pintada completamente de nuevo, iba camino del colegio. Y esto fue —concluyó Rivers— una de las razones de que nuestra *grande amoureuse* dedicara tan poca atención al objeto de su devastadora pasión, de que la *femme fatale* prefiriera, durante las dos primeras semanas de su existencia, concentrarse en ella más que en la persona a la que el autor del libreto había asignado el papel de víctima. Ruth me había probado y había visto que no era digno del papel. Parecía mejor por el momento, representar la pieza como un monólogo. En este aspecto, por lo menos, se me dio un respiro. Pero, entretanto, mi premio Nobel estaba cada vez más en aprietos.

» Al cuarto día de su emancipación, Henry tuvo que abandonar la fiesta ofrecida por una musicóloga de gustos bohemios. Los hombres inestables no pueden beber como caballeros. Henry podía animarse deliciosamente con té y conversación. Los martinis le convertían en un maníaco, que se hacía repentinamente depresivo y acababa, invariablemente, vomitando. Él lo sabía, desde luego, pero el niño que había en él tenía que afirmar su independencia. Katy lo había reducido a algún jerez ocasional. Bien, iba a demostrarle que estaba equivocada, iba a demostrarle que podía desafiar a la Prohibición tan varonilmente como cualquiera. En ausencia del gato, los ratones juegan. Y juegan, así es la curiosa perversidad del corazón humano, a juegos que son al mismo tiempo peligrosos y aburridos, a juegos en los que, si se pierde y los abandonamos, nos sentimos humillados y, si insistimos y ganamos, lamentamos no haber perdido. Henry aceptó la invitación de la musicóloga y lo que tenía que suceder sucedió en el preciso momento. Para cuando estuvo a la mitad de su segunda copa, Henry era ya todo un espectáculo. Al final de la tercera, retenía la

mano de la musicóloga y le decía que era el hombre más desgraciado del mundo. Apenas comenzaba la cuarta, tuvo que salir disparado en dirección al cuarto de baño. Pero esto no fue todo. Al volver a casa (insistió en hacerlo caminando), se las arregló para perder su cartera. Llevaba en ella los tres primeros capítulos de su nuevo libro *De Boole a Wittgenstein*. Aún ahora, una generación después, es la mejor introducción a la lógica moderna. ¡Una pequeña obra maestra! Y tal vez fuera algo todavía mejor, si no hubiese bebido y perdido la versión original de los tres primeros capítulos. Deploré la pérdida, pero me alegré de sus serenantes efectos en el pobre Henry. Por unos cuantos días, se mantuvo buenísimo, hecho un ángel, casi tan razonable como Timmy. Yo me dije que mis complicaciones estaban a punto de terminar, pues, por otra parte, las noticias de Chicago indicaban que Katy estaría muy pronto de regreso. Su madre, al parecer, tenía ya muy poco tiempo de vida. Se estaba extinguiendo tan deprisa que una mañana, camino del laboratorio, Henry hizo que nos detuviéramos en una camisería: quería comprar una corbata de seda negra para el entierro. Luego, de modo electrizante, llegó la noticia de un milagro. En el último instante, negándose a abandonar la esperanza, Katy había llamado a otro médico: un hombre joven, recién salido de la Johns Hopkins, muy capaz, incansable, al tanto de los últimos trucos. Comenzó un nuevo tratamiento, luchó con la muerte durante toda una noche y continuó la lucha durante el día y la noche siguientes. Ahora, la batalla estaba ganada; la paciente había sido sacada del mismo borde de la tumba y viviría. En su carta, Katy se mostraba jubilosa, y yo, claro está, me alegré por simpatía. La vieja Beulah trajinaba en sus cosas dedicando en voz alta alabanzas a Dios y hasta los chicos robaron tiempo para regocijarse en sus temas y problemas, en sus fantasías sexuales y sus convoyes ferroviarios. Todo el mundo estaba contento menos Henry. Verdad es que se decía muy contento, pero su rostro serio (era incapaz de ocultar lo que realmente sentía) desmentía las palabras. Había contado con la muerte de la señora Hanbury para que regresara a casa su secretaria-matriz, su madre-querida. Y ahora (inopinadamente, impertinentemente, pues tal era la palabra que correspondía), este mozo jeringador de la Hopkins había metido sus narices y realizado su condenado milagro. Una persona que debiera haberse ido calladamente al otro mundo estaba ahora, contra toda lógica, fuera de peligro. Fuera de peligro, pero todavía, claro está, demasiado enferma para que se la dejara sola. Katy tenía que quedarse en Chicago hasta que la paciente pudiera bastarse a sí misma. Nadie sabía cuándo podría volver el ser de quien el pobre Henry dependía para todo: para la salud, la cordura y la misma vida. Las esperanzas demoradas provocaron varios ataques de asma. Pero, en esto, providencialmente, llegó el anuncio de que había sido elegido Miembro Correspondiente del Instituto Francés. ¡Muy halagador, sin duda! Le curó instantáneamente, pero no, ay, de modo permanente. Pasó una semana y, con la

sucesión de los días, la sensación de privación de Henry se convirtió en una terrible angustia, parecida a la del toxicómano. Esta angustia se tradujo en un resentimiento feroz e irracional. ¡Ese diabólico vejestorio! (En realidad, la madre de Katy era dos meses más joven que él). ¡Esa maula perversa! Porque, desde luego, no estaba *realmente* enferma; nadie podía estar realmente enfermo tanto tiempo sin morirse. Estaba fingiendo. Y el móvil era una mezcla de egoísmo y despecho. Quería guardarse a su hija y quería (la vieja bruja siempre había odiado a su yerno) impedir que Katy estuviera donde debía estar: junto a su marido. Yo di a Henry una pequeña conferencia sobre la nefritis y le hice leer de nuevo las cartas de Katy. Esto dio resultado por unos días y luego las noticias fueron más alentadoras. La paciente se estaba restableciendo tan deprisa que, dentro de muy pocos días, podría probablemente ser dejada a cargo de una enfermera y de la doncella sueca. El júbilo hizo que Henry se convirtiera, por primera vez desde que yo le había conocido, en un padre casi normal. En lugar de retirarse a su estudio después de la cena, se quedaba para jugar con sus hijos. En lugar de hablar de sus propios asuntos, trataba de divertir a Ruth y Timmy con malos retruécanos y planteando adivinanzas. Timmy estaba en la gloria y hasta Ruth se mostraba condescendiente y sonreía. Pasaron tres días más y llegó un domingo. Por la noche, jugamos a las cartas. El reloj dio las nueve. Una vuelta más; luego, Ruth y Timmy se fueron a la cama. Diez minutos después estaban acostados y llamándonos para darnos las buenas noches. Acudimos primero a Timmy. « A ver si sabes éste» , dijo Henry. « ¿Qué plantas salen cuando un mal estudiante entierra sus libros?» . La respuesta vino enseguida: « Calabazas» . Timmy no se rió ni se enorgulleció de su acierto y dio a entender a su padre que esperaba de él más originalidad e ingenio. Apagamos la luz y pasamos a la habitación inmediata. Ruth estaba en la cama con su Osito, que hacía a un mismo tiempo de bebé y de Príncipe Azul. La chica tenía puesto un pijama azul pálido y mostraba una cara llena de afeites. Su profesor se había opuesto al colorete y el perfume en clase y, cuando la persuasión no condujo a nada, la dirección los prohibió categóricamente. La poetisa se había visto reducida a pintarse y perfumarse a la hora de acostarse. La habitación apestaba a violetas de imitación y la almohada, a ambos lados de la carita, estaba manchada de lápiz labial y colorete. Henry no era, sin embargo, hombre que advirtiese estos detalles. « ¿A qué chica» , preguntó, acercándose a la cama, « no se le puede decir "Te adoro"?» . « ¿Te adoro?» , repitió Ruth. Me miró, se puso encendida y apartó la vista. Con risa forzada, contestó, en tono de fastidio y superioridad, que no podía adivinarlo. « A la que se llame Dorotea» , declaró su padre triunfalmente. Y como Ruth pareciera no comprender, explicó: « Si se llama Doro-tea, no se le puede decir Tea-doro» . « ¿Por qué no?» , preguntó Ruth. « ¿Por qué no se puede decir "Te adoro" a quien se llame Dorotea?» . Henry, muy molesto, dio una breve e instructiva conferencia sobre el retruécano y los juegos de palabras. No

había que buscar en estas cosas rigor lógico, sino el contraste o la antítesis que había a primera vista. Llegó de lejos, de la habitación del cabeza de familia, el timbre del teléfono. El rostro de Henry se iluminó. « Tengo la corazonada de que es llamada de Chicago» , dijo, mientras se inclinaba para dar a Ruth un beso de buenas noches. « Y también la corazonada» , añadió, mientras corría hacia la puerta, « de que mamá vuelve mañana. ¡Mañana!» , repitió. Y desapareció. « ¡Qué gran cosa sería que estuviera en lo cierto!» dije fervorosamente. Ruth asintió con la cabeza y dijo « Sí» en un tono que parecía transformar el monosílabo en un « No» . Repentinamente, la carita pintada asumió una expresión de ansiedad aguda. Pensaba sin duda en lo que Beulah había dicho que sucedería en cuanto su madre volviera a casa: estaba viendo y hasta sintiendo cómo Dolores-Salomé, puesta boca abajo sobre las grandes rodillas maternales, recibía, a pesar de tener un año más que Julieta, una azotaina estrepitosa. « Bien, me voy» , dije finalmente. Ruth me cogió la mano y la retuvo. « Todavía no» , suplicó y, mientras hablaba, su rostro cambió de expresión. La carita contraída y angustiada fue reemplazada por otra en la que había una trémula sonrisa de adoración; los labios se separaron y los ojos se ensancharon y brillaron. Era como si se hubiera acordado de pronto de quién era yo: su esclavo y su predestinado Barba Azul, la única razón de que hubiera asumido ella el doble papel de tentadora fatal y de víctima propiciatoria. Y mañana, si mamá regresaba a casa, sería demasiado tarde. El drama habría terminado y el teatro quedaría cerrado por orden de la policía. Era ahora o nunca. Apretó mi mano. « ¿Me quieres, John?» , murmuró de modo casi inaudible. Contesté en el tono alegre y extravertido de un capitán de chicos exploradores. « Claro que te quiero» . « ¿Tanto como quieres a mi madre?» , insistió. Repliqué con un despliegue de impaciencia de buen humor. « ¡Qué pregunta más disparatada! Quiero a tu madre como se quiere a las personas mayores. Y te quiero a ti como…» . « Como se quiere a los niños» , concluyó amargamente. « Como si *eso* supusiera alguna diferencia» . « ¿No la supone acaso?» . « No en *estas* cosas» . Y cuando pregunté qué cosas eran, me apretó de nuevo la mano, y dijo: « Querer a las personas» y me dedicó otra de sus miradas. Hubo una pausa embarazosa. « Bien, vale más que me vaya» , dije finalmente. Y recordando la aleluya que Timmy juzgaba siempre irresistiblemente graciosa, añadí: « Pase usted muy bien la noche, sin que la pille algún coche» . La broma cayó como una tonelada de hierro en el silencio. Sin sonreírse, con una intensidad en las ansias que me hubiera parecido cómica si no me hubiese asustado terriblemente, continuaba mirándome. « ¿Es que no me vas a dar las buenas noches como se debe?» , me preguntó. Yo me incliné para darle el beso ritual en la frente y, de pronto, sus brazos me rodearon el cuello y ya no fui yo quien besó a la chica, sino ella quien me besó. Fue primeramente en el carrillo derecho y luego, con puntería algo mejor, cerca de la boca. « ¡Ruth!» protesté. Pero, antes de que

pudiera pronunciar otra palabra, me besó de nuevo, esta vez, con una especie de torpe violencia, de lleno en los labios. Forcejeé y conseguí zafarme. « ¿Por qué has hecho esto?» , pregunté con enfado y miedo. Con el rostro en llamas, con unos ojos brillantes y enormes, me miró y murmuró: « Te quiero» . Luego, se volvió y sepultó el rostro en la almohada, cerca del Osito. « Muy bien» , dije severamente. « Ésta es la última vez que vengo a darte las buenas noches» . Y me volví para marcharme. Crujió el lecho, los descalzos pies alcanzaron el piso con ruido sordo y, en el momento en que tocaba la manija de la puerta, Ruth estuvo a mi lado y me tiró del brazo. « Lo siento, John» , decía con incoherencia. « Perdóneme. Haré lo que usted me diga. Lo que sea…» . Sus ojos eran, ahora totalmente los de un perro, sin la menor huella de la tentadora. Le ordené que se volviera a la cama y le dije que, si se portaba bien en adelante, tal vez yo me aplacara. En otro caso… Y con esta amenaza no pronunciada, abandoné la habitación. Primeramente, fui a mi habitación, para limpiarme la cara manchada de lápiz labial; luego, volví por el corredor, camino de las escaleras y de la biblioteca. En el descansillo en lo alto de las escaleras, casi choqué con Henry, quien salía del pasillo que llevaba a su ala de la casa. « ¿Qué noticias?» , le pregunté. Pero en esto vi su rostro y quedé impresionado. Cinco minutos antes, había estado alegre y preguntando adivinanzas. Ahora, era un viejo, un decrépito, pálido como un cadáver, pero sin la serenidad que el cadáver tiene, porque había en sus ojos y en torno a su boca una expresión de insoportable sufrimiento. « ¿Sucede algo?» , pregunté con ansiedad. Meneó negativamente la cabeza, sin hablar. « ¿Está usted seguro?» , insistí. « Era Katy la del teléfono» , dijo finalmente en un tono sin voz. « No viene a casa» . Pregunté si la anciana señora había empeorado otra vez. « Ésa es la excusa» , dijo con amargura. Luego, se volvió y se fue por donde había venido. Muy preocupado, le seguí. Recuerdo que había un breve pasillo, con la puerta de un cuarto de baño al fondo y otra puerta a la izquierda, donde estaba el dormitorio principal. Nunca había estado yo en la habitación y quedé maravillado al verme ante la extraordinaria cama de los Maartens. Era una colonial de cuatro postes, pero de dimensiones tan gigantescas que me hicieron pensar en los asesinatos presidenciales y los entierros oficiales. En la mente de Henry, desde luego, la asociación de ideas tuvo que ser algo distinta. Mi catafalco era su cama de matrimonio. El teléfono, que acababa de condenarlo a otro período de soledad, estaba junto al símbolo y escenario de su felicidad conyugal. No, no es la palabra que corresponde —añadió Rivers, a guisa de paréntesis—. « Conyugal» supone una relación recíproca entre dos personas mayores. Pero Katy no era una persona para Henry: era su alimento, era un órgano vital de su propio cuerpo. En ausencia de Katy, Henry era como una vaca sin pasto, como un hombre ictérico que se esfuerza por existir sin hígado. Era angustioso. « Tal vez le haría bien acostarse un poco» , dije en el tono engatusador que automáticamente se adopta cuando se habla a un enfermo. Hice

un ademán en dirección a la cama. Su réplica recordó esta vez lo que sucede cuando se estornuda al cruzar una ladera con nieve recién caída: un alud. Y ¡qué alud! No el blanco y virginal, sino un corrimiento cálido y palpitante de hediondo estiércol. Desde el limbo de mi tardía y completamente inexcusable inocencia, yo escuchaba con asombro, escándalo y horror. « Es manifiesto» , repetía Henry. « Es lo más evidente que puede haber» . Era evidente que Katy no venía a casa porque no quería venir. Era evidente que había encontrado a otro hombre. Y era evidente que este otro hombre era el nuevo médico. Los médicos son, como se sabe, buenos amantes. Tienen una comprensión clara de la fisiología; saben todo lo referente al sistema nervioso autónomo.

» El horror fue reemplazado en mi mente por la indignación. ¿Qué se estaba atreviendo a decir de mi Katy, de esta más que mujer que sólo podía ser tan pura y perfecta como mi propia pasión casi religiosa? “Está dando a entender seriamente que…”, comencé. Pero Henry no estaba dando a entender. Estaba afirmando categóricamente. Katy le estaba engañando con el mozo jeringador de la Johns Hopkins.

» Yo le dije que estaba loco y él me replicó que yo no sabía nada de cosas sexuales. Lo que, desde luego, era lamentablemente cierto. Intenté cambiar de asunto. No se trataba de nada sexual, sino de una nefritis, de una madre que necesitaba los cuidados de su hija. Pero Henry no quería atender a razones. No tenía más afán que el de torturarse. Y si usted me pregunta por qué quería torturarse, sólo puedo contestar que era porque estaba ya terriblemente angustiado. Era la mitad más débil y dependiente de una asociación simbiótica que, según él creía, acababa de ser disuelta bruscamente. Era una operación quirúrgica, sin anestesia. El regreso de Katy hubiera puesto fin al dolor y sanado instantáneamente la herida. Pero Katy no volvía. *Por tanto*, ¡admire la lógica!, era necesario que Henry se infligiera todo sufrimiento adicional que pudiera; que expresara su miseria en palabras lacerantes. Hablar y hablar, no, desde luego, conmigo; ni siquiera a mí; sino consigo mismo. Pero consigo mismo, esto era esencial, en mi presencia. El papel que se me asignaba era el de un simple actor de apoyo, ni siquiera el de ese actor secundario que sirve de confidente y mensajero. No, yo era meramente el « extra» sin nombre y casi sin rostro, con la misión de procurar al héroe su excusa inicial para pensar en voz alta, y que ahora, simplemente con su presencia, atribuía al escuchado soliloquio un carácter monstruoso y de pura obscenidad que no hubiera tenido si quien hablaba hubiese estado solo. Con motor propio, el corrimiento de estiércol adquiría un ímpetu cada vez mayor. De la traición de Katy, Henry pasó a la elección, fue lo más hiriente, que Katy había hecho de un hombre más joven. Más joven y, por tanto, más viril, más infatigablemente lujurioso. (Sin hablar de que, como médico, sabía mucho de fisiología y de sistema nervioso autónomo). La persona, el profesional y el concienzudo sanador habían desaparecido y otro tanto sucedía

implícitamente con Katy. Sólo quedaban un par de funciones sexuales explotándose mutuamente con frenesí en el vacío. El que pudiera pensar así de Katy y su hipotético amante era una prueba, según comencé a advertir vagamente, de que pensaba del mismo modo de Katy y de sí mismo. Henry, como he dicho, era un hombre incierto, inseguro, y los hombres así, como habrá tenido innumerables ocasiones de advertir, tienen tendencia a ser ardorosos. Ardorosos hasta el punto de ser frenéticos. Pero no, no es ésta la palabra exacta. El frenesí es ciego y, en cambio, los amantes como Henry nunca pierden la cabeza. Se la llevan con ellos por muy lejos que vayan; se la llevan con ellos para tener plena y deleitosa conciencia de su propia enajenación y de la de su copartícipe. En realidad esto era, aparte de su laboratorio y su biblioteca, lo único de lo que Henry quería tener conciencia. La mayoría de las personas viven en un universo que es como un *café au lait* a la francesa: cincuenta por ciento de leche desnatada y cincuenta por ciento de achicoria rancia, mitad realidad psicofísica y mitad palabrería convencional. El universo de Henry tenía como modelo un cóctel fuerte. Era una mezcla en la que medio litro de las ideas filosóficas y científicas más efervescentes apenas dejaba sitio para una pequeña cantidad de experiencia inmediata, en su mayor parte estrictamente sexual. Los inciertos son rara vez buenos mezcladores. Están demasiado atareados con sus ideas, su sensualidad y sus malestares psicosomáticos para poder interesarse en los demás, aunque sean sus propias mujeres o sus propios hijos. Viven en un estado de la más profunda ignorancia voluntaria, sin saber nada de nadie, pero con muchas opiniones preconcebidas acerca de todo. Ahí tiene usted, por ejemplo, la educación de los hijos. Henry podía hablar de esto como una autoridad. Había leído a Piaget, a Dewey, a Montessori, a los psicoanalistas. Todo esto estaba en su fichero cerebral, debidamente clasificado y ordenado, instantáneamente disponible. Pero, cuando se trataba de hacer algo por Ruth o Timmy, Henry se mostraba de una incompetencia total o, según hacía las más de las veces, se eclipsaba discretamente. Porque, desde luego, los niños le aburrían. Como le aburrían la mayoría de los adultos. ¿Cómo podía ser de otro modo? Eran personas de ideas rudimentarias y de lecturas inexistentes. ¿Qué podían ofrecer? Sólo sus sentimientos y su vida moral, sólo su cordura ocasional y su frecuente y patética falta de cordura. En pocas palabras, sólo su humanidad. Y la humanidad era algo en lo que Henry, por incapacidad congénita, no podía interesarse. Entre los mundos de la teoría cuántica y la epistemología, en un extremo de espectro, y el sexo y el dolor, en el otro, había una especie de limbo poblado por fantasmas. Y entre los fantasmas, estaba aproximadamente el setenta y cinco por ciento de su propia persona. Porque tenía tan poca conciencia de su propia humanidad como de la de los demás. Sus ideas y sensaciones… Bien, sí, sabía todo lo referente a *ellas*. Pero ¿quién era el hombre que tenía las ideas y sentía las sensaciones? Y ¿cómo se relacionaba este hombre con las cosas y las personas que le rodeaban?

¿Cómo, ante todo, *debía* relacionarse con unas y otras? Dudo que Henry se hiciera alguna vez estas preguntas. En todo caso, no se las hizo en esta ocasión. Su soliloquio no era el angustioso debate entre el amor y la sospecha de un marido. Esto hubiera constituido una réplica plenamente humana a una situación también plenamente humana y, como tal, no hubiera podido producirse nunca en presencia de un oyente tan bisoño y tonto, tan incapaz de proporcionar comprensiva ayuda, como el John Rivers de hace treinta años. No, esto era esencialmente una reacción menos que humana y uno de los elementos de subhumanidad estribaba en el hecho, en el hecho totalmente afrentoso y sin sentido, de que se estaba desarrollando en presencia de alguien que no era ni amigo íntimo ni consejero profesional, sino sólo un escandalizado joven calabacín con una formación demasiado piadosa y un par de oídos atentos, pero trémulos de espanto. ¡Aquellos pobres oídos! Expresado con lucidez y muy documentado, aquel lodo científico se precipitaba en ellos como caudalosa corriente. Como Piaget y John Dewey, estaban en el fichero de Henry, accesibles hasta en el menor detalle, Burton y Havelock Ellis, Krafft-Ebing y los incomparables Ploss y Bartels. Y en este caso, según resultaba ahora evidente, Henry no se había contentado con ser un perito de sillón. Había practicado lo que sabía en teoría. ¡Qué difícil es en estos días, cuando se puede hablar de orgasmos con la sopa y la flagelación con el helado, recordar la fuerza de los viejos tabúes, la profundidad del silencio que los rodeaba! En lo que a mí se refería, todo aquello de que Henry estaba hablando (las técnicas amatorias, la antropología del matrimonio, las estadísticas de la satisfacción sexual) era como un abismo que se me revelara. Era aquello que la gente decente nunca mencionaba, que ni siquiera, según quería imaginarme, sabía. Era aquello que podía ser discutido y comprendido únicamente en los burdeles, en las orgías de los ricos, en Montmartre o en el Barrio Chino. Y todos estos horrores estaban siendo vertidos en mis oídos por el hombre a quien más respetaba, el hombre que, por intelecto e intuición científica, superaba a cuantos había yo conocido. Y se estaban diciendo estos horrores en relación con la mujer a la que yo amaba como Dante había amado a Beatriz, como Petrarca había adorado a Laura. Henry estaba afirmando, como si fuese la cosa más natural y evidente del mundo, que Beatriz tenía apetitos casi insaciables, que Laura había violado sus votos matrimoniales en aras de esa clase de sensaciones físicas que podía provocar fácilmente cualquier vigoroso bruto con un buen conocimiento del sistema nervioso autónomo. Y aunque no hubiese estado acusando a Katy de infidelidad, yo hubiera quedado abrumado con lo que estaba oyendo. Porque lo que estaba oyendo suponía que los horrores formaban tanta parte del matrimonio como del adulterio.

» Le costará creerlo —añadió Rivers riéndose—, pero es la verdad. Hasta aquel momento, yo no tuve la menor idea de lo que pasaba entre maridos y

mujeres. O mejor dicho, tenía una idea, pero era una idea falsa. Mi idea era que, fuera de los bajos fondos, la gente sólo tenía trato carnal para tener hijos: una vez en la vida en el caso de mis padres, dos veces en el caso de los Maartens. Y ahora, tenía a Henry sentado en el borde de su catafalco y sumergido en su soliloquio. Monologaba con la lucidez del genio y la falta de inhibiciones de su infantilismo sobre todas las cosas extrañas y para mí espantosamente inmorales que habían sucedido bajo este fúnebre dosel. Y Katy, mi Katy, había sido su cómplice; no su víctima, como en un principio quise creer, sino su cómplice voluntaria y hasta entusiasta. En realidad, era este entusiasmo lo que provocaba las sospechas de Henry. Porque, si la sensualidad suponía tanto para ella aquí, sobre el catafalco doméstico, tenía necesariamente que atraerla mucho más en Chicago, con el joven médico. Y de pronto, para indecible turbación mía, Henry se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar.

—Y ¿qué hizo usted? —pregunté.

—¿Qué *podía* hacer? —Se encogió de hombros—. Nada, salvo decirle unas cuantas palabras confortantes y aconsejarle que se metiera en la cama. Al día siguiente vería que todo había sido una gran equivocación. Luego, con el pretexto de traerle su leche caliente, me escapé a la cocina. Beulah estaba en su mecedora, leyendo un librito sobre el Segundo Advenimiento. Le dije que el doctor Maartens no se sentía muy bien. Escuchó, movió la cabeza asintiendo, como si lo hubiera esperado, cerró seguidamente los ojos y, en silencio, pero moviendo los labios, rezó durante largo tiempo. Después, lanzó un suspiro y dijo: « Vaciado, limpio y adornado» . Tales eran las palabras que habían llegado hasta ella. Y aunque parecía cosa extraña para ser dicha de un hombre que tenía en su cabeza más de lo que tienen seis intelectuales ordinarios juntos, la frase resultaba, pensándolo bien, una descripción exacta del pobre Henry. Vaciado de Dios, limpio totalmente de naturaleza humana y adornado como un árbol de Navidad, con relucientes nociones. Y se habían colado allí, tomando posesión de él, siete otros diablos, peores todavía que la estupidez y el sentimentalismo. Pero, entretanto, la leche estaba hirviendo. La vertí en un termo y subí. Por un instante, al entrar en la habitación, creí que Henry se me había escapado. Pero llegó de pronto, de detrás del catafalco, un ruido de movimiento. En el hueco entre la colgadura de la enorme cama de cuatro columnas y la ventana, Henry estaba de pie, delante de la puerta abierta de una pequeña caja de seguridad empotrada en la pared y oculta a la vista por el retrato de medio cuerpo de Katy, con su vestido de boda. « Aquí tiene usted su leche» , comencé en un tono de hipócrita alegría. Pero advertí en ese momento que lo que Henry había sacado de la caja de seguridad era un revólver. Mi corazón se detuvo. Recordé de pronto que había un tren de medianoche para Chicago. Me asaltaron visiones de los titulares de dos días después. UN SABIO FAMOSO MATA A SU ESPOSA Y SE SUICIDA. UN PREMIO NOBEL DETENIDO POR DOBLE ASESINATO. O hasta UNA

MADRE MUERE, VÍCTIMA DE SU PASIÓN, EN UN NIDO DE AMOR. Dejé el termo y, disponiéndome a dejarle sin sentido, fuera con una izquierda a la mandíbula o con un golpe corto al plexo solar, avancé sobre él. « Si me lo permite, doctor Maartens» , dije respetuosamente. No hubo lucha; apenas un leve esfuerzo consciente para retener el revólver. Cinco segundos después, el objeto estaba a buen recaudo en mi bolsillo. « Sólo lo estaba mirando» , dijo con voz apagada y sin entonación. Y al cabo de una pausa, añadió: « Es curioso, cuando se piensa en ello» . Y al preguntar yo « ¿Qué?» , me contestó: « La muerte» . Y ésta fue toda la contribución del gran hombre al acervo de la sabiduría humana. La muerte era cosa curiosa cuando se pensaba en ella. Por eso nunca pensaba en ella, salvo en ocasiones como la actual, cuando el sufrimiento le hacía sentir la necesidad de infligirse un sufrimiento mayor. ¿Homicidio? ¿Suicidio? Eran ideas que ni siquiera se le habían ocurrido. Todo lo que pedía al instrumento de la muerte era una sensación de sensualidad negativa, un doloroso recordatorio, en medio de todas sus otras penas, de que un día, pasado mucho tiempo, también él moriría.

» "¿Podemos cerrar esto de nuevo?", pregunté. Henry asintió con la cabeza. En una mesita junto a la cama, estaban los objetos que había retirado de la caja al buscar el revólver en el fondo. Los fui poniendo en su sitio: el joyero de Katy, media docena de estuches con las medallas de oro ofrecidas al gran hombre por varias sociedades científicas, varios sobres llenos de documentos… Y finalmente, aquellos libros: los seis volúmenes de la *Fisiología del sexo*, un ejemplar de *Félicia*, por Andrea de Nerciat, y, publicada en Bruselas, una obra anónima con ilustraciones titulada *La Escuela Superior de Miss Floggy*. « Bien, ya está» , dije, en mi tono más jovial, mientras cerraba la caja y devolvía la llave a Henry. Tomé el retrato y lo colgué de su gancho. ¿Quién hubiera podido adivinar que detrás del blanco satén y de las flores de azahar, detrás de los lirios virginales y de un rostro cuyo esplendor no lograba oscurecer ni la incapacidad de un pintor de quinto orden, la existencia de tan extrañamente diverso tesoro: *Félicia* y los certificados de acciones. *Miss Floggy* y los símbolos de oro con que una sociedad no muy agradecida recompensa a sus hombres de genio?

» Media hora después, le dejé y me fui a mi habitación, con la deliciosa sensación de haber escapado por fin a una horrible pesadilla. Pero ni en la propia habitación se podía estar seguro. Lo primero que vi cuando encendí la luz fue un sobre clavado con un alfiler a mi almohada. Lo abrí y desplegué dos hojas de papel malva. Era un poema de amor de Ruth. Esta vez amor rimaba con dolor; y el amor confesado había hecho que el amado sintiera desdén por el máximo bien. Era demasiado para una noche. El genio guardaba pornografía en su caja de seguridad; Beatriz había pasado por la escuela de Miss Floggy; la inocencia infantil se pintaba la cara, dirigía apasionados disparates a los hombres y, si yo no cerraba la puerta con llave, pronto el amor y el dolor se abrirían paso de una

mala literatura a una realidad peor.

» A la mañana siguiente, me levanté tarde y, cuando bajé a desayunar, los chicos ya estaban a la mitad de su plato de cereal. « A la postre, vuestra madre no vuelve todavía» , anuncié. Timmy quedó sinceramente triste, pero Ruth, aunque pronunció las oportunas palabras de pesar, se dejó traicionar por el brillo de sus ojos; estaba encantada. El enfado me hizo cruel. Saqué su poema de mi bolsillo y lo dejé en el mantel, junto a la fruta. « Es una porquería» , dije brutalmente. Luego, sin mirarla, abandoné la habitación y subí para ver qué le había sucedido a Henry. Tenía una clase a las nueve y media y llegaría tarde si no le sacaba de la cama. Pero, cuando llamé a su puerta, una débil voz me anunció que estaba enfermo. Entré. En el catafalco, yacía lo que parecía un cadáver. Le tomé la temperatura. Treinta y ocho grados y dos décimas. ¿Qué se podía hacer? Bajé corriendo a la cocina para consultar a Beulah. La vieja suspiró y meneó la cabeza. « Ya verá usted. La *obligará* a volver a casa» , dijo. Y me contó lo que había sucedido dos años antes, cuando Katy fue a visitar la tumba de su hermano en uno de los cementerios de guerra. La ausencia apenas había durado un mes cuando Henry cayó enfermo, tan enfermo que hubo que telegrafiar a Katy que volviera a casa. Nueve días después, cuando Katy volvió a St. Louis, Henry estaba punto menos que casi moribundo. Katy entró en la habitación del enfermo y le puso una mano en la frente. « Créame» , dijo dramáticamente Beulah. « Fue como la resurrección de Lázaro. Estaba ya en el fondo del pozo y, de pronto, zas, subió como en ascensor. Tres días después estaba comiendo una fritura de pollo y hablando por los codos. Y hará lo mismo esta vez. La obligará a volver a casa, aunque esto suponga asomarse al otro mundo, llegar al umbral de la muerte» . Y esto es precisamente —añadió Rivers— lo que hizo: llegar al umbral de la muerte.

—¿Era una enfermedad auténtica, entonces? ¿No estaba representando una comedia?

—¡Como si la segunda alternativa excluyera a la primera! Desde luego, estaba representando una comedia, pero la representó tan bien que estuvo a punto de morirse de pulmonía. Pero yo no llegué a advertir claramente todo esto en aquellos días. A este respecto, Beulah se planteaba las cosas mucho más científicamente que yo. Yo tenía la excluyente superstición de los gérmenes; ella creía en la medicina psicosomática. Bien, llamé al médico y volví al comedor. Los chicos habían terminado su desayuno y se habían marchado. Ya no los volví a ver durante casi dos semanas, porque, cuando volví del laboratorio aquella noche, vi que Beulah, por consejo del médico, había llevado a Ruth y Timmy a casa de unos vecinos amigos. Se acabaron los poemas y la necesidad de encerrarme con llave. Fue un gran alivio. Telefoneé a Katy el lunes por la noche y también el martes, esta vez con la noticia de que habíamos tenido que contratar a una enfermera y alquilar una cámara de oxígeno. Al día siguiente, Henry

empeoró, pero otro tanto había sucedido, según me enteré al telefonear a Chicago, con la pobre señora Hanbury. « ¡No puedo dejarla!» , repetía Katy en su angustia. « ¡No puedo dejarla!» . Para Henry, que había contado con el regreso de Katy, la noticia fue casi mortal. Al cabo de dos horas, su temperatura subió un grado entero. Deliraba. « Es su vida o la de la señora Hanbury» , dijo Beulah. Y se fue a su habitación para pedir a Dios que nos guiara. Volvió a los veinticinco minutos. La señora Hanbury iba a morirse de todos modos y Henry, en cambio, se curaría con el regreso de Katy. Katy *debía* regresar. Fue el médico quien finalmente la convenció. « No quiero ser un alarmista» , dijo por teléfono aquella noche, « *pero*...» . Fueron palabras decisivas. « Estaré ahí mañana por la noche» , dijo Katy. Henry iba a salirse con la suya, pero sólo justo a tiempo.

» El médico se marchó. La enfermera se instaló para pasar una noche de vela. Yo fui a mi habitación. « Katy volverá mañana; Katy volverá mañana» , me decía a mí mismo una y otra vez. Pero ¿qué Katy? ¿La mía o la de Henry? ¿Beatriz o la discípula preferida de Miss Floggy? ¿Sería posible, después de aquel alud de inmundicias, que yo sintiera por ella lo mismo que hasta entonces? Estas preguntas me atormentaron toda aquella noche y el día siguiente. Todavía me las estaba formulando cuando oí que el taxi penetraba en el camino de coches. ¿Mi Katy o la suya? Me sentía mareado y paralizado por un horrible presagio. Necesité mucho tiempo para decidirme a ir al encuentro de la viajera. Cuando finalmente abrí la puerta de entrada, el equipaje estaba ya en la escalinata y Katy pagaba al chófer. Volvió la cabeza. ¡Qué pálida estaba a la luz de la lámpara del pórtico, qué cansada y ojerosa! Pero ¡qué bonita! Más hermosa que nunca, con una belleza nueva y desgarradora, en forma tal que me sentí queriéndola con una pasión en la que las últimas huellas de la impureza habían sido disueltas por la piedad y reemplazadas por el ardor del espíritu de sacrificio, por el fervoroso deseo de ayudar y proteger, de poner mi vida a su servicio. Y ¿qué pasaba con el soliloquio de Henry y la otra Katy? ¿Qué pasaba con *Miss Floggy, Félicia* y los *Estudios sobre Fisiología del sexo*? En lo que a mi palpitante corazón concernía, eran cosas que nunca habían existido o que, en todo caso, no tenían la menor importancia.

» Cuando entramos en el vestíbulo, Beulah salió presurosa de la cocina. Katy abrazó a la vieja y, durante un largo medio minuto, ambas mujeres se mantuvieron entrelazadas en silencioso abrazo. Luego, Beulah se echó un poco hacia atrás y, levantando la vista, miró escrutadoramente a su ama. Y mientras miraba, su expresión de júbilo manchado de lágrimas se convirtió en otra de creciente angustia. “Pero si no es usted”, exclamó. “Es el fantasma de usted. Está usted casi tan mal como él”. Katy trató de tomarlo a risa. Estaba un poco cansada; eso era todo. La vieja meneó enérgicamente su cabeza. “Es la virtud”, dijo. “Ha perdido usted la virtud. Como la perdió Nuestro Señor cuando todos aquellos enfermos se empeñaban en sujetarle”. “¡Qué tontería!”, exclamó Katy.

Pero era muy cierto. Katy había perdido su virtud. Tres semanas a la cabecera de su madre le habían quitado media vida. Estaba vacía, era un caparazón animado únicamente por la voluntad. Y la voluntad nunca es suficiente. La voluntad no puede digerir nuestros alimentos ni bajar nuestra temperatura. "Espere hasta mañana", suplicó Beulah, cuando Katy anunció su intención de subir a la habitación del enfermo. "Duerma un poco antes. En el estado en que usted está, poco puede ayudarlo ahora". "Lo ayudé la última vez", replicó Katy. "Pero la última vez era diferente", insistió la vieja. "La última vez usted tenía la virtud; no era usted un fantasma". "¡Oh, tú y tus fantasmas!", exclamó Katy con cierto fastidio. Se volvió y marchó hacia las escaleras. Yo la seguí.

» En su cámara de oxígeno, Henry estaba dormido o en un estado de estupor. La barba de muchos días formaba una especie de rastrojo gris y la nariz parecía enorme, como una caricatura, en el chupado rostro. En esto, mientras le mirábamos, los ojos se entreabrieron. Katy se inclinó sobre la transparente ventana de la cámara y lo llamó por su nombre. No hubo respuesta ni los ojos de un azul pálido dieron la menor señal de que reconocieran a Katy, de que siquiera la hubieran visto. "¡Henry!", repetía Katy. "¡Henry! Soy yo. He vuelto". Los vacilantes ojos acabaron enfocándose y, un momento después, hubo como un levísimo reconocimiento. Pero apenas duró unos segundos. La mirada se extravió y los labios comenzaron a moverse; Henry había vuelto al mundo del delirio. El milagro había fracasado; Lázaro seguía sin levantarse. Hubo un largo silencio. Luego, cansadamente, abrumada, Katy dijo al fin: "Creo que vale más que me vaya a la cama".

—Y ¿el milagro? —pregunté—. ¿Lo realizó a la mañana siguiente?

—¿Cómo podía hacerlo, sin virtud, sin vida, sin más que su voluntad y su angustia? Yo me pregunto qué es peor: estar muy enfermo o ver muy enfermo a quien se ama. Deberíamos comenzar por la definición de la palabra « usted» . Yo digo que está usted muy enfermo. Pero ¿eso significa *usted*? ¿No es, en realidad, una limitada personalidad creada por la fiebre y las toxinas? Una personalidad sin intereses intelectuales, sin obligaciones sociales, sin preocupaciones materiales. En cambio, la amante enfermera continúa siendo ella misma, con todos sus recuerdos de la pasada felicidad, todos sus temores por lo futuro, toda su alerta conciencia de un mundo más allá de las cuatro paredes de la habitación. Y está además la cuestión de la muerte. ¿Cómo reacciona usted ante la perspectiva de la muerte? Si está lo bastante enfermo, llega a un punto en el que, por muy apasionadamente que esté luchando por la vida, hay una parte de usted mismo que no lamenta en modo alguno morirse. ¡Cualquier cosa es mejor que esta miseria, que esta interminable y sórdida pesadilla de verse reducido a un mero pedazo de materia doliente! « Dadme la libertad o dadme la muerte» . Pero en este caso las dos cosas son idénticas. La libertad igual a la muerte, igual a la búsqueda de la felicidad, pero sólo, claro está, para el paciente, nunca para la

enfermera que lo ama. Ella no tiene derecho al lujo de la muerte, de librarse, por medio de la rendición, de su prisión, constituida por la habitación del enfermo. Su misión es continuar la lucha, hasta cuando resulte manifiesto que la batalla está perdida; seguir esperando, hasta cuando todo induzca a la desesperanza; insistir en la oración, hasta cuando sea manifiesto que Dios vuelve la espalda, hasta cuando se tenga por seguro que Dios no existe. Aunque esté abrumada por el dolor y los presentimientos, debe actuar como si conservara el ánimo y una serena confianza. Aunque haya perdido el valor ella misma, debe seguir inspirándolo. Y entretanto, trabaja y vela más allá de los límites de la resistencia física. Sin el menor respiro; tiene que estar constantemente allí, constantemente a mano, constantemente dispuesta a dar y dar, aunque esté en completa bancarrota. Sí, en bancarrota —repitió Rivers—. Así estaba Katy. En completa bancarrota, pero obligada por las circunstancias y su propia voluntad a continuar gastando. Y para colmo de males, el gasto era inútil. Henry no se restablecía; se limitaba a no morirse. Y entretanto, Katy se estaba matando con el largo y sostenido esfuerzo de mantenerlo vivo. Pasaron los días. Tres, cuatro días; no recuerdo cuántos. Y llegó al fin el día que nunca olvidaré. El 23 de abril de 1922.

—La fecha del nacimiento de Shakespeare.

—Y del mío.

—¿Del suyo?

—No de mi nacimiento físico —explicó Rivers—. Yo nací en octubre. De mi nacimiento espiritual. El día en que salí de mi imbecilidad medio cruda y entré en algo que se parecía más a la forma humana. Creo —añadió— que merecemos otro trago.

Volvió a llenar los vasos.

—El 23 de abril —repitió—. ¡Qué día de desdichas! Henry había pasado una mala noche y estaba peor. Y cuando, a la hora del almuerzo, la hermana de Katy telefoneó desde Chicago, fue para anunciar que el fin estaba muy próximo. Aquella noche, yo tenía que leer un informe en una de las sociedades científicas locales. Cuando volví a casa a las once, encontré únicamente a la enfermera. Me dijo que Katy estaba en su habitación, tratando de dormir un poco. No había nada que hacer y me acosté.

» Dos horas después, fui sacado de la inconsciencia del sueño por el tiento de una mano. La habitación estaba totalmente a oscuras, pero mi olfato reconoció enseguida el aroma de mujer y de lirio que envolvía a la invisible presencia. Me senté en la cama. "Señora Maartens…". Todavía la llamaba señora Maartens. El silencio estaba saturado de tragedia. "¿Está peor el doctor Maartens?", pregunté con angustia. No hubo inmediata respuesta; sólo un movimiento en la oscuridad, sólo el crujir de muelles cuando ella se sentó en el borde de la cama. Los flecos de la mantilla española que se había echado sobre los hombros rozaron mi rostro; el campo de su fragancia me envolvió. De pronto, con espanto, recordé el

soliloquio de Henry. Beatriz tenía apetitos; Laura era una graduada de la escuela de Miss Floggy. ¡Qué blasfemia, qué horrible profanación! Me sentí abrumado de vergüenza y esta vergüenza se intensificó hasta transformarse en un remordimiento y un odio de mí mismo cuando, rompiendo el largo silencio, Katy me dijo, en una voz sin entonaciones, que había habido otra llamada de Chicago: su madre había muerto. Murmuré unas expresiones de pesar. Luego, la voz sin entonaciones habló de nuevo. "He intentado dormir", dijo. "Pero no puedo; estoy demasiado cansada para dormir". Hubo otro suspiro de agotada desesperanza y luego otro silencio.

» "¿Ha visto usted morir a alguien?", continuó finalmente la voz. Pero mi servicio militar no me había llevado a Francia y, cuando falleció mi padre, yo había sido llevado a casa de mi abuela. A los veintiocho años, sabía tan poco de la muerte como de esa otra gran intrusión de lo orgánico en lo verbal, de la experiencia en nuestras nociones y convenciones: el acto erótico. "Lo terrible es cómo todo se va cortando", le oí que decía. "Estar sentada, en la impotencia, viendo como se rompen todas las conexiones, una tras otra. La conexión con las personas, la conexión con el lenguaje, la conexión con el universo físico. No pueden ver la luz, no pueden sentir el calor, no pueden respirar el aire. Y finalmente, comienza a ceder la conexión con el propio cuerpo. Quedan finalmente pendientes de un solo hilo que se va estirando, que se va estirando, minuto a minuto". La voz se interrumpió y, por el tono apagado de las últimas palabras, comprendí que Katy se había tapado el rostro con las manos. "Solos, en la soledad más absoluta", murmuró. Los muertos y los vivos; todos estaban siempre en la soledad. Hubo un leve plañido en la oscuridad, luego un estremecimiento, un movimiento convulsivo, apenas un llanto humano. Katy estaba sollozando. Yo amaba a Katy y Katy estaba terriblemente angustiada. Y sin embargo, lo único que supe decir fue: "No llore". —Rivers se encogió de hombros—. Cuando no se cree en Dios o en la otra vida, cosas en las que, desde luego, como hijo de ministro, no creía, salvo estrictamente a lo Pickwick, ¿qué otra cosa se *puede* decir en presencia de la muerte? Además, en este caso particular, había la circunstancia grotescamente embarazosa de que no sabía cómo llamarla. Su dolor y mi compasión hacían imposible que la llamara "señora Maartens", pero, en cambio, "Katy" podía parecer presuntuoso, podía hasta indicar que estaba tratando de explotar su tragedia para los bajos fines de un granuja, que no podía olvidarse de Miss Floggy y de la correntada de inmundicias que había sido el soliloquio subhumano de Henry. "No llore", continué murmurando y, en lugar de las afectuosidades prohibidas, del nombre de pila que no me atrevía a pronunciar, puse mi tímida mano sobre su hombro y le di torpemente unas palmadas. "Perdón", me dijo. Y luego, entrecortadamente: "Le prometo que mañana me portaré decorosamente". Y después de otro paroxismo de llanto: "No he llorado así desde antes de casarme". Sólo pasado

algún tiempo comencé a comprender el pleno significado de esta frase. Una mujer que se permitiera llorar nunca hubiera servido para el pobre Henry. Su debilidad crónica había obligado a Katy a ser permanentemente fuerte. Pero hasta la más estoica fortaleza tiene sus límites. Aquella noche, Katy no podía más. Había padecido una total derrota, pero una derrota que, en cierto modo, agradecía. Las circunstancias habían resultado excesivas para ella. Pero, a guisa de compensación, le habían concedido unas vacaciones en su responsabilidad, le habían permitido, aunque sólo fuera por breves minutos, el inimaginable lujo de las lágrimas. "No llore", seguía yo repitiendo. Pero, en realidad, Katy quería llorar, sentía la necesidad del llanto. Aparte del hecho de que tenía todas las razones del mundo para llorar. Estaba rodeada por la muerte: había llegado para su madre, llegaba, según parecía inevitable, para su marido, llegaría al cabo de unos cuantos años para ella y, transcurridos unos años más, para sus hijos. Todos se iban desplazando hacia la misma consumación: hacia el progresivo corte de todas las líneas de comunicación, hacia el lento y seguro desgaste de los hilos sostenedores, hacia la zambullida final, sin compañía alguna, en el vacío.

» De algún lugar distante, llegaron, por encima de los tejados, las campanadas de los tres cuartos. Eran un insulto de fabricación humana que se añadía gratuitamente a la injuria cósmica: un símbolo del incesante paso del tiempo, un recordatorio del inevitable fin. "No llore", le supliqué y, olvidándome de todo menos de mi compasión, desplacé mi mano hacia el extremo del hombro y la atraje hacia mí. Sacudida por los sollozos, temblorosa, Katy se apretó contra mi cuerpo. El reloj había sonado, el tiempo se disipaba y hasta los vivos estaban en absoluta soledad. Nuestra única ventaja sobre la muerta de Chicago, sobre el moribundo del otro extremo de la casa, consistía en que podíamos estar solos en compañía, yuxtaponer nuestras soledades y pretender que las habíamos fusionado en una comunidad. Pero, claro está, yo no pensaba entonces en estas cosas. Sólo había sitio en mi mente para el amor, para la piedad, para la preocupación intensamente práctica por el bienestar de esta diosa transformada de pronto en niña sollozante, de esta adorada Beatriz que estaba ahora temblorosa, exactamente como un perrito dentro del círculo de mi brazo protector. Toqué las manos con que se cubría el rostro; estaban impresionantemente frías. Y los desnudos pies; eran pedazos de hielo. "¡Está usted helada!", exclamé, casi con indignación. Y enseguida, contento de hallar finalmente un modo de traducir mi compasión en actos útiles, ordené: "Métase debajo de las mantas. ¡Al instante!". Me imaginé arropándola cariñosamente, acercando luego una silla y manteniéndome, sentado junto a la cama, en vela silenciosa, mientras ella conciliaba el sueño. Pero, cuando quise salir de la cama, se aferró a mí y no me dejó marcharme. Traté de zafarme, traté de protestar "¡Señora Maartens!". Pero era como luchar contra el aferramiento de un niño que se está ahogando; el acto era a un mismo tiempo inhumano e inútil. Y

entretanto, Katy estaba helada hasta el tuétano y temblaba sin poderse dominar. Hice lo único que las circunstancias me permitían hacer.

—Es decir, también se metió usted debajo de las mantas ¿no?

—Debajo de las mantas —repitió—, con dos fríos brazos desnudos en torno a mi cuello y un cuerpo tembloroso, sacudido por los sollozos, apretado contra el mío.

Rivers tomó un poco de whisky, se echó hacia atrás en su asiento y fumó largo tiempo en silencio.

—La verdad —dijo finalmente—, toda la verdad y nada más que la verdad. Todos los testigos prestan el mismo juramento y testimonian sobre los mismos hechos. El resultado es, desde luego, cincuenta y siete variedades de ficción. ¿Cuál de ellas se acerca más a la verdad? ¿Stendhal o Meredith? ¿Anatole France o D. H. Lawrence? ¿*Las fuentes de nuestra vida más honda se fusionarán en la dorada pureza de la Pasión* o *El Comportamiento Sexual de la Hembra Humana*?

—¿Sabe *usted* la respuesta? —indagué.

Meneó la cabeza.

—Tal vez nos puedan ser útiles los geómetras. Describamos el hecho en relación con tres coordenadas. —En el aire, delante de él, Rivers trazó con la boquilla de su pipa dos líneas en ángulo recto y, luego, desde el punto de intersección, una vertical que hizo que su mano se levantara por encima de su cabeza—. Supongamos que una de estas líneas represente a Katy, otra al John Rivers de hace treinta años y la tercera al John Rivers que soy hoy. Ahora, con este sistema de referencia ¿qué podemos decir de la noche del 23 de abril de 1922? No toda la verdad, desde luego. Pero mucha más verdad de la que puede procurarnos una sola ficción. Comencemos con la línea de Katy. —La trazó de nuevo y, por unos instantes, el ondulante humo de la pipa señaló su posición en el espacio—. Es la línea —dijo— de una pagana nata llevada por las circunstancias a una situación que sólo podía afrontar debidamente un cristiano o un budista sin tacha. Es la línea de una mujer que siempre se ha sentido a sus anchas en el mundo y que se ve de pronto en el borde de un abismo e invadida, en cuerpo y alma, por el horrible y negro vacío que la rodea. ¡Pobre Katy! Se sentía abandonada, no por Dios, pues era congénitamente incapaz de monoteísmo, sino por los dioses, por todos ellos, desde los lares y penates domésticos hasta los más altos olímpicos. La habían abandonado y se habían llevado todo con ellos. Tenía que encontrar de nuevo a sus dioses. Tenía que convertirse de nuevo en parte del natural y, por tanto, divino orden de las cosas. Tenía que restablecer sus contactos con la vida: con la vida en sus manifestaciones más simples e inequívocas, como compañía física, como experiencia de calor animal, como sensación fuerte, como hambre y satisfacción del hambre. Era cuestión de supervivencia. Y esto no es todo —añadió Rivers—. Estaba deshaciéndose en lágrimas, de duelo por su madre recién muerta, temiendo por un marido que podía morirse al día siguiente.

Hay cierta afinidad entre las emociones más violentas. La cólera se transforma muy fácilmente en concupiscencia agresiva y la pena, si se le da una oportunidad, se convierte, de modo casi imperceptible, en la sensualidad más deliciosa. Después de lo cual, claro está, las aguas vuelven a su cauce. En el ámbito de la aflicción, el amor es el equivalente de los barbitúricos y de un viaje a Hawái. Nadie reprocha a la viuda o a la huérfana si recurren a estos paliativos. ¿Debemos entonces condenarlas cuando intentan preservar su vida y su sano juicio por ese otro método más sencillo?

—*Yo* no las condeno —dije—. Pero hay quienes opinan de distinto modo.

—Y hace treinta años yo era uno de esos. —Su pipa subió y bajó por la imaginaria vertical situada delante de él—. La línea del pedante hombre virgen de veintiocho años, la línea del exluterano y del exhijo de su mamá, la línea del idealista petrarquesco. Desde *esa* posición, yo tenía que considerarme necesariamente un adúltero traidor y considerar a Katy… ¿Qué? Las palabras son demasiado odiosas para que las articule. En cambio, desde el punto de vista de una diosa, que era el de Katy, no había sucedido nada que no fuera completamente natural y cuanto era natural era moralmente bueno. Mirando las cosas desde aquí —señaló la línea de John Rivers—, ahora, diría que los dos teníamos razón a medias y, por tanto, estábamos totalmente equivocados. Ella por estar por encima del bien y del mal, en el nivel meramente olímpico (y los olímpicos, claro está, no eran más que una manada de animales superhumanos con poderes milagrosos), y yo por no estar en absoluto por encima del bien y del mal, sino todavía metido hasta el cuello en el fango de las nociones excesivamente humanas del pecado y de la convención social. Para tener completamente razón, ella debiera haber descendido a mi nivel y luego haber ido más allá, al otro lado de la línea, mientras que yo debiera haber subido al suyo y, al hallarlo poco satisfactorio, haber seguido adelante, para unirme a ella en el lugar donde se está genuinamente por encima del bien y del mal, en el sentido de ser, no un animal superhumano, sino un hombre o una mujer transfigurados. Si hubiésemos estado en tal lugar, ¿hubiéramos hecho lo que entonces hicimos? Es una pregunta que no puede ser contestada. Y, en realidad, no estábamos en ese lugar. Ella era una diosa transitoriamente abatida y que trataba de regresar al Olimpo por el camino de la sensualidad. Yo era un alma desgarrada que cometía un pecado tanto más enorme cuanto iba acompañado del placer más inenarrable. Alternadamente y, en ocasiones, hasta simultáneamente, yo era dos personas: un novicio en amor que tenía la suerte excepcional de verse en los brazos de una mujer a un mismo tiempo sin trabas y maternal, profundamente tierna y profundamente sensual, y un miserable atormentado por la conciencia, avergonzado de haber sucumbido ante lo que se le había enseñado que era una de las más bajas pasiones y escandalizado, positivamente afrentado (porque, si sentía remordimientos, también censuraba), por la cómoda despreocupación con

que su Beatriz aceptaba la intrínseca excelencia del placer, con que su Laura exhibía su pericia en las artes del amor y la exhibía, lo que era todavía más grave, en el solemne cuadro de la muerte. La señora Hanbury había muerto; Henry se estaba muriendo. Según todos los principios, Katy debía estar de duelo y yo debía estar ofreciéndole los consuelos de la filosofía. Pero, en la realidad, en la realidad desnuda y paradójica… —Hubo un breve momento de silencio—. Duendecillos —continuó pensativamente, mientras, con los ojos entornados, examinaba los distantes recuerdos—. Duendecillos que no pertenecen a mi universo. Que no pertenecían realmente a él ni siquiera entonces. Aquella noche del 23 de abril, ella y yo estábamos en el Otro Mundo, en el oscuro cielo sin palabras de la desnudez, el contacto y la fusión. Y ¡qué revelaciones en ese cielo, qué pentecosteses! Las visitaciones de sus caricias eran como ángeles repentinos, como palomas descendentes. Y ¡con qué vacilaciones y qué tardíamente yo replicaba! Con labios que apenas se atrevían, con manos todavía temerosas de blasfemar contra mis nociones (o, mejor dicho, las nociones de mi madre), de lo que una buena mujer debía ser, de lo que, en realidad, todas las buenas mujeres son. Y a pesar de todo ello, y esto era algo tan escandaloso como maravilloso, mis tímidas blasfemias contra el ideal eran recompensadas en la réplica por un éxtasis de deleite, por un tesoro de ternura que iba más allá de cuanto yo hubiera podido imaginar. Pero, frente a este Otro Mundo nocturno, estaba este mundo, el mundo en el que John Rivers de 1922 pensaba y sentía durante el día; el mundo donde cosas así eran manifiestamente criminales, donde un discípulo había engañado a su maestro y una mujer a su marido: el mundo desde cuyo punto de vista nuestro oscuro cielo era el más sórdido infierno y los ángeles visitadores nada más que manifestaciones de lujuria en el marco de un adulterio. Lujuria y adulterio —repitió Rivers con una breve risa—. ¡Qué anticuado parece eso! Ahora, preferimos hablar de impulsos, pruritos, relaciones extramaritales. ¿Es bueno eso? ¿Es malo? ¿O simplemente no importa que sea una cosa u otra? Cabe que dentro de cincuenta años Bimbo sepa contestar a las preguntas. Entretanto, debemos limitarnos a consignar el hecho de que, en el campo verbal, la moralidad es simplemente el empleo sistemático del lenguaje violento y grosero. *Vil, bajo, inmundo*… Tales son los cimientos lingüísticos de la ética. Y tales eran las palabras que obsesionaban a mi conciencia mientras permanecía tendido allí, hora tras hora, velando el sueño de Katy. El sueño… Eso es también el Otro Mundo. Distinto inclusive del cielo del tacto. Del amor al sueño, de lo otro a lo más otro. Es esto más otro lo que procura a la amada durmiente un carácter casi sagrado. Una santidad indefensa, eso que se adora en el Niño Jesús; eso que me saturaba entonces de tan inexpresable ternura. Y sin embargo, todo ello era vil, bajo, inmundo. ¡Qué horribles palabras! Eran como picamaderos que me estuvieran destrozando con sus picos de acero. Vil, bajo, inmundo… Pero, en el silencio entre dos picotazos, podía oír el sereno respirar de Katy. Era mi amada,

dormida e indefensa y, por tanto, sagrada. Sagrada en ese Otro Mundo donde todas las feas palabras, y hasta todas las bonitas, carecen de sentido y están fuera de lugar. Mas esto no impedía que los malditos picamaderos reanudaran su tarea con implacable ferocidad.

» Y luego, contra todas las convenciones de la novela y del buen estilo, yo debí de dormirme. Porque, de pronto, amaneció y los pájaros trinaron en los jardines suburbanos. Y Katy estaba de pie, junto a la cama, echándose la mantilla de largos flecos sobre los hombros. Durante una fracción de segundo, no pude comprender por qué estaba allí. Luego, lo recordé todo: las visitaciones en la oscuridad, los inefables Otros Mundos. Pero ahora era la mañana y estábamos de nuevo en este mundo. Yo tenía que volver a llamarla señora Maartens. La señora Maartens, cuya madre acababa de morir, cuyo marido tal vez se estaba muriendo. ¡Vil, bajo, inmundo! ¿Cómo podía mirarla de nuevo a la cara? Pero, en ese momento, Katy se volvió y me miró a la cara. Tuve tiempo de ver el comienzo de su franca y abierta sonrisa de siempre; luego, abrumado por la vergüenza y la turbación, aparté el rostro. "Tuve la esperanza de que no te despertaras", murmuró Katy. E inclinándose sobre mí, me besó, como una persona mayor besa a un niño, en la frente. Yo quise decirle que, a pesar de todo, seguía adorándola; que mi amor era tan intenso como mi remordimiento; que mi gratitud por lo que había sucedido era tan profunda y fuerte como mi determinación de que nunca sucediera de nuevo. Pero no acudieron las palabras; estaba mudo. Y muda estaba, por razón muy distinta, Katy. Si no decía nada acerca de lo sucedido era porque juzgaba que lo sucedido era algo de lo que valía más no hablar. "Son las seis dadas", fue todo lo que dijo, mientras se aprestaba. "Tengo que ir a relevar a la pobre enfermera Koppers". Se volvió, abrió la puerta sin ruido y, del mismo modo silencioso, la cerró tras ella. Quedé solo, a merced de los picamaderos. Vil, bajo, inmundo; bajo, inmundo, vil… Cuando sonó la campana del desayuno, tenía ya tomada mi decisión. Antes de vivir en la mentira, antes de manchar mi ideal, me iría… para siempre.

» En el vestíbulo, camino del comedor, tropecé con Beulah. Llevaba una bandeja con huevos y panceta e iba tarareando la tonada "Todos los seres que viven en la tierra". Al verme, me dedicó una sonrisa radiante y exclamó: "¡Alabado sea el Señor!". Nunca me había sentido menos inclinado a alabarlo. "Vamos a tener un milagro", continuó. Y cuando le pregunté cómo sabía que íbamos a tener un milagro, me dijo que acababa de ver a la señora Maartens en la habitación del enfermo y que la señora Maartens estaba otra vez en sus cabales. Ya no era un fantasma, sino ella misma. La virtud había vuelto y esto significaba que el doctor Maartens se pondría bien. "Es la gracia" dijo. "He estado rezando por ella día y noche. 'Señor, concede a la señora Maartens algo de tu Gracia. Devuélvele su virtud, para que el doctor Maartens se restablezca'. Y ahora ¡esto ha sucedido, ha sucedido!". Y como para confirmar lo que había

dicho, hubo un susurro de telas en la escalera detrás de nosotros. Nos volvimos. Era Katy. Estaba vestida de negro. El amor y el sueño habían suavizado su rostro y el cuerpo, que ayer se movía tan pesadamente, a costa de tanto penoso esfuerzo, se mostraba ahora ágil y fuerte, tan lleno de vida como antes de la enfermedad de su madre. Era una vez más la diosa, de luto, sí, pero sin eclipse, luminosa hasta en su pena y su resignación. La diosa bajó por la escalera, dio los buenos días y preguntó si Beulah me había dado la mala noticia. Por un momento, pensé que algo había sucedido a Henry. "¿El doctor Maartens…?", comencé. Me interrumpió enseguida. La mala noticia acerca de su madre. Y comprendí de pronto que, oficialmente, yo no me había enterado del triste acontecimiento de Chicago. Me puse encendido hasta las orejas y me aparté en horrible confusión. Estábamos ya mintiendo y yo mentía muy mal. Con pena, pero serenamente, la diosa continuó hablando de la llamada telefónica de medianoche, de los sollozos de su hermana en el otro extremo de la línea, de los últimos momentos de la larga agonía. Beulah suspiró ruidosamente, dijo que era la voluntad de Dios, según lo había sabido ella desde hacía tiempo, y cambió de tema. "¿Cómo está el doctor Maartens?", preguntó. ¿Le habían tomado la temperatura? Katy dijo que sí y que la fiebre estaba claramente declinando. "¿No se lo dije?", me dijo triunfalmente la vieja. "Es la gracia de Dios, como le he dicho. El Señor ha devuelto su virtud a la señora Maartens". Pasamos al comedor, nos sentamos y comenzamos a comer. Con apetito, lo recuerdo. Y recuerdo también que este apetito me pareció escandaloso. —Rivers se rió—. ¡Qué difícil es no ser un maniqueo! El alma está en la altura y el cuerpo a ras de tierra. La muerte es asunto del alma y, en tal coyuntura, los huevos y la panceta tienen mal sabor y el amor, claro está, es pura blasfemia. Y sin embargo, es manifiesto que los huevos y la panceta pueden ser los medios de la gracia, que el amor puede ser elegido como instrumento de la intervención divina.

—Está usted hablando como Beulah —protesté.

—Porque no existen otras palabras para hablar de eso. El levantamiento desde adentro de algo fuerte y maravilloso, de algo que es manifiestamente más que nosotros mismos; las cosas y los acontecimientos que, habiendo sido neutrales o abiertamente hostiles, acuden, repentina, gratuita, espontáneamente, al rescate… Tales son los hechos. Pueden ser observados; pueden ser experimentados. Pero, si queremos hablar de ellos, descubrimos que el único vocabulario es el del teólogo. Gracia, Guía, Inspiración, Providencia… Las palabras protestan demasiado, plantean todas las preguntas antes de que sean formuladas. Pero hay ocasiones en que no hay modo de eludirlas. Ahí está Katy, por ejemplo. Cuando volvió de Chicago, había perdido la virtud. La había perdido tan completamente que no podía ser útil para Henry y era una carga para ella misma. Otra mujer hubiera orado pidiendo fuerza y cabe que su oración hubiera sido escuchada, porque así sucede a veces. Es absurdo, algo fuera de lugar, pero

lo cierto es que sucede. No, sin embargo, a personas como Katy. Katy no era una de las que rezan. Para ella, lo sobrenatural era la Naturaleza; lo divino no era ni espiritual ni específicamente humano; estaba en los paisajes, la luz del sol y los animales, en el agrio olor de las criaturas, en el calor y la delicadeza de los niños que se aprietan contra su madre, en los besos, desde luego, y en los nocturnos apocalipsis del amor, en la más difusa pero no menos inefable beatitud de simplemente sentirse bien. Era una especie de Anteo femenino, invencible cuando estaba con los pies en el suelo, una diosa mientras estuviera en contacto con la diosa mayor que había dentro de ella, la Madre universal. Tres semanas de cuidados a una moribunda habían roto ese contacto. La gracia vino cuando el contacto fue restaurado y eso sucedió en la noche del 23 de abril. Una hora de amor, cinco o seis horas de esa más honda diferenciación que es el sueño y el vacío quedó llenado, el fantasma quedó reencarnado. Katy vivía de nuevo. Pero no era ella, desde luego, sino la Incógnita que vivía en ella. La Incógnita —repitió —. En un extremo del espectro está el espíritu puro, está la Clara Luz del Vacío; en el otro está el instinto, la salud, el perfecto funcionamiento de un organismo que es infalible mientras no lo estorbemos. Y en algún sitio entre los dos extremos, está lo que san Pablo llamó « Cristo» , lo divino hecho humano. Gracia espiritual, gracia animal, gracia humana, aspectos del mismo misterio fundamental. Idealmente, todos nosotros deberíamos estar abiertos a todos ellos. En la práctica, la mayoría nos parapetamos frente a todas las formas de la gracia o, si abrimos la puerta, sólo dejamos entrar a una de ellas. Lo que, desde luego, no es bastante. Y sin embargo, vale más algo que nada. Cuánto más quedó de manifiesto en aquella mañana del 24 de abril. Separada de la gracia animal, Katy había sido un fantasma impotente. Con la gracia devuelta, Katy era Hera, Demeter y Afrodita en una sola persona, con Esculapio y la Gruta de Lourdes como añadidura. Porque era evidente que el milagro se estaba realizando. Después de permanecer tres días en el umbral de la muerte, Henry había sentido la presencia de la virtud en Katy y estaba reaccionando. Lázaro estaba en camino de levantarse.

—¡Gracias, en cierto grado, a usted!

—Gracias, en cierto grado, a mí —repitió Rivers.

—*Le Cocu Miraculé*. ¡Qué asunto para una farsa francesa!

—No mejor que cualquier otro. Edipo, por ejemplo. O Lear o hasta Jesús o Gandhi. Se podría hacer una farsa desternillante con cualquiera de ellos. Basta con describir a los personajes desde fuera, sin simpatía y en un lenguaje violento, pero sin nada de poético. En la vida real, la farsa existe únicamente para los espectadores, nunca para los actores. Éstos siempre participan en una tragedia o en un complicado drama psicológico más o menos penoso. En lo que a mí respecta, la farsa de la curación milagrosa del cornudo fue un prolongado desgarramiento, el desgarramiento del amor en conflicto con el deber, de

tentaciones resistidas y claudicaciones ignominiosas, de placeres culpables y apasionados arrepentimientos, de buenas resoluciones que quedaban olvidadas, se volvían a tomar y eran barridas de nuevo por el irresistible torrente del deseo.

—¿No me había dicho que había decidido marcharse?

—Así es; lo había decidido. Pero fue antes de que la viera bajar reencarnada en diosa. Una diosa de luto. Esos emblemas de la aflicción mantenían viva la compasión, la adoración religiosa, la sensación de que mi amada era un espíritu que debía ser adorado en espíritu. Pero del negro corpiño surgía la luminosa columna del cuello; entre los rizos color de miel, el rostro estaba transfigurado por una especie de radiación ultraterrena. ¿Cómo era eso de Blake?

> Lo que siempre se muestra en la ramera,
> La expresión del deseo satisfecho,
> Nuestra esposa mostrárnoslo debiera.

» Pero la expresión del deseo satisfecho es también la expresión de la deseabilidad, la expresión de la promesa de futuras satisfacciones. ¡Santo Dios, con qué frenesí la deseaba! Y ¡con qué pasión, desde las profundidades de mi remordimiento, desde las alturas de mi idealismo, me odiaba por ello! Cuando volví del laboratorio, traté de tener una explicación con Katy. Pero Katy me rechazó. No era el momento ni el lugar. Podrían aparecer Beulah o la enfermera Koppers. Sería mejor más tarde por la noche, cuando pudiéramos estar tranquilos. Y así, aquella noche Katy vino también a mi habitación. En la oscuridad, en el perfumado campo de su femineidad, intenté decirle cuanto no había podido decirle por la mañana: que la quería, pero que no debía hacerlo; que nunca había sido tan feliz y tan desgraciado; que recordaría lo sucedido con la más fervorosa gratitud, durante toda mi vida, y que al día siguiente haría mis maletas y me marcharía, para no verla nunca más. Llegados aquí mi voz quedó cortada por los sollozos. Esta vez, correspondió a Katy decir "No llores", ofrecer el consuelo de una mano sobre el hombro, de un brazo que atrae. El desenlace, claro está, fue el mismo que el de la noche anterior. El mismo, pero más intenso todavía, con pentecosteses más ígneos, visitaciones, no ya de meros ángeles, sino de Tronos, Dominaciones y Potestades. Y a la mañana siguiente (ni que decir tiene que no hice mis maletas), hubo remordimientos a tono con los éxtasis, picamaderos proporcionalmente feroces.

—Que, según deduzco, no picaban a Katy.

—No solamente eso. Katy se negaba en absoluto a hablar del asunto —dijo Rivers.

—Pero *usted* tuvo que hablar sin duda de los picamaderos.

—Hice todo lo posible para hablar de ellos. Pero hacen falta dos para una conversación. Siempre que intentaba decirle algo de lo que pasaba en mi corazón

y mi mente, Katy cambiaba de tema o, con una breve risa, con una palmadita indulgente en el dorso de mi mano, me hacía callar, cariñosamente pero con decisión. Yo me pregunto si no hubiera sido mejor que hubiésemos salido a campo abierto, hubiésemos llamado al pan pan y al vino vino y nos hubiésemos servido mutuamente nuestras palpitantes entrañas en bandeja de plata. Tal vez hubiera sido mejor. O tal vez no. La verdad nos hace libres, pero, por otra parte, no es prudente jugar con fuego. No debe olvidarse nunca que las guerras más implacables no son nunca las guerras por cosas; son las guerras por las insensateces que han dicho de las cosas tales o cuales elocuentes idealismos; en otros términos, las guerras de religión. ¿Qué es una limonada? Algo que se hace con limones. Y ¿qué es una cruzada? Algo que se hace con cruces, un curso de violencia gratuita motivada por una obsesión por símbolos no analizados. « ¿Qué leéis, mi señor?» . « Palabras, palabras, palabras» . Y ¿qué es una palabra? Contestación: cadáveres, millones de cadáveres. Y la moraleja de *esto* es: cierra el pico y, si *has* de abrirlo, nunca tomes demasiado en serio lo que salga de él. Katy mantenía *nuestros* picos herméticamente cerrados. Tenía la cordura instintiva que prohíbe las palabras de cuatro letras, y a fortiori los polisílabos científicos, al mismo tiempo que acepta tácitamente los actos de cuatro letras diurnos y nocturnos a que esas palabras se refieren. En silencio, un acto es un acto. Si lo expresamos en palabras y lo discutimos, se convierte en un problema ético, en un *casus belli*, en origen de una neurosis. Si Katy hubiese hablado, ¿quiere decirme adónde hubiéramos ido a parar? A un laberinto de culpas y angustias intercomunicables. Algunas personas, desde luego, disfrutan con esta clase de cosas. Otras las detestan, pero, dominadas por los remordimientos, entienden que merecen padecer. Katy, gracias a Dios, no era ni metodista ni masoquista. Era una diosa y el silencio de las diosas es auténticamente de oro. Nada de dorados superficiales. Sólido, de veinticuatro quilates, todo él. El pico del olímpico se mantiene cerrado, no por un acto de deliberada discreción, sino porque no hay realmente nada que decir. Las diosas son de una pieza. No hay en ellas conflictos internos. En cambio, las vidas de personas como usted y yo son una larga discusión. Deseos por un lado y picamaderos por otro. Nunca un momento de silencio real. Lo que yo más necesitaba en aquel entonces era una dosis de buenas palabras justificativas que contrarrestaran los efectos de tanto bajo, vil e inmundo. Pero Katy no me la procuraba. Bueno o malo, el lenguaje estaba completamente fuera de lugar. En lo que a ella se refería, lo pertinente era su experiencia de la diferenciación creadora del amor y del sueño. Lo pertinente era verse de nuevo en un estado de gracia. Lo pertinente era, por último, su recuperada capacidad de hacer algo por Henry. Se prueba el pastel comiéndolo, no en el libro de cocina. Placer recibido y otorgado, virtud restaurada, Lázaro resucitado. En este caso, el comer era cosa evidentemente buena. Hay que comer, pues, y no hablar con la boca llena. Es de mala educación e impide

saborear la ambrosía. Era un consejo demasiado bueno para que yo pudiera seguirlo. Verdad es que yo no hablaba con ella; no me lo hubiera permitido. Pero yo hablaba y hablaba conmigo mismo; hablaba y hablaba hasta que la ambrosía se convertía en ajenjo o quedaba contaminada por el horrible sabor del placer prohibido, del pecado reconocido y en el que se incurre conscientemente. Y entretanto, el milagro seguía su curso. Rápida y constantemente, sin altibajos, Henry mejoraba.

—¿No veía por eso todo con más optimismo?

Rivers meneó la cabeza.

—En cierto modo, sí. Porque, claro está, comprendía aun entonces, aun en mi estado de estúpida inocencia, que yo era causa indirecta del milagro. Había traicionado a mi maestro, pero, si no lo hubiese traicionado, mi maestro probablemente se hubiera muerto. Se había obrado mal, pero se había logrado así un bien, un enorme bien. Era una especie de justificación. En cambio ¡qué horrible parecía que la gracia para Katy y la vida para su marido tuvieran que depender de algo tan intrínsecamente ruin, tan totalmente bajo, vil e inmundo, como la satisfacción sexual de unos cuerpos! Todo mi idealismo se rebelaba contra esta idea. Y sin embargo, era la evidente verdad.

—¿Y Henry? —pregunté—. ¿Qué supo o sospechó de los orígenes del milagro?

—Nada —contestó Rivers con énfasis—. No, menos que nada. Su estado de ánimo al salir del sepulcro hacía la sospecha inimaginable. « Rivers» , me dijo un día, cuando estuvo lo bastante bien para que yo le acompañara y le leyera. « Quiero hablarle. De Katy» , añadió al cabo de una breve pausa. Mi corazón se detuvo. Había llegado el temido momento. « ¿Recuerda la noche inmediatamente anterior a que cayera enfermo?» , continuó. « No estaba en mis cabales. Dije mil cosas que no debí decir, cosas que no eran verdad, cosas, por ejemplo, de Katy y de ese médico de la Johns Hopkins» . Pero, como había descubierto, el médico de la Johns Hopkins era un inválido. Y aunque no hubiese padecido de chico la parálisis infantil, Katy era completamente incapaz hasta de imaginar una cosa semejante. Y con voz que temblaba de emoción, siguió diciéndome que Katy era maravillosa y que él era un hombre excepcionalmente afortunado, pues había logrado y retenido a una esposa tan buena, hermosa y sensata, tan delicada y fuerte, tan leal y amante… Sin ella, se hubiera vuelto loco, se hubiera hundido. Y ahora, después de ser salvado por ella, estaba atormentado por las cosas perversas, feroces e insensatas que había dicho de mujer tan sin tacha. Yo debía olvidarlas y, si no podía hacerlo, recordarlas únicamente como los delirios de un enfermo. Era un alivio, desde luego, que Henry no hubiera descubierto nada, pero, en cierto modo, también era un agobio, porque el despliegue de tanta confianza y de una ignorancia tan completa hacía que me avergonzara de mí mismo. Y no solamente de mí mismo, sino también de Katy. Éramos un par de

tramposos conspirando contra un simple. Contra un simple que, por razones sentimentales que no hacían más que enaltecerlo, se esforzaba por ser más inocente de lo que era por naturaleza.

» Aquella noche, conseguí soltar algo de lo que pasaba por mi cabeza. En un principio, Katy trató de cerrarme la boca a fuerza de besos. Luego, cuando la rechacé, se enfadó y me amenazó con irse a su habitación. Tuve el sacrílego valor de retenerla por la fuerza bruta. "Me tienes que escuchar", dije, mientras ella forcejeaba por zafarse. Y manteniéndola a distancia con mi brazo extendido, como si se tratara de un animal peligroso, le hice el relato de mi angustia moral. Katy me escuchó hasta el fin; luego, se echó a reír. No sarcásticamente, no con la intención de herirme, sino desde las soleadas profundidades de su divino sentido de lo cómico. "No puedes soportarlo" dijo con sorna. "*Eres* demasiado noble para participar en un engaño. ¿Es que sólo puedes pensar en tu preciosa persona? ¡Piensa en *mí*, para cambiar un poco; piensa en Henry; un genio enfermo y una pobre mujer cuya tarea ha consistido en mantener al genio enfermo en vida y más o menos en su juicio! Su enorme y extravagante intelecto contra mis instintos, su inhumana negación de la vida contra la corriente de vida que hay en mí. No fue nada fácil. Me vi precisada a combatir con todas las armas que tuve a mano. Y ahora tengo que escucharte a ti. Tengo que escucharte la más nauseabunda cháchara de catequesis. Y te atreves a decirme, a mí, sí, a mí, que no puedes soportar una mentira. Como George Washington y el cerezo. Mira, me aburres. Y quiero dormir". Bostezó, giró para ponerse del otro costado y me dio la espalda. La espalda… —Rivers se rió brevemente—. La espalda infinitamente elocuente, cuando se la recorría en la oscuridad, como Braille, con las puntas de los dedos, de Afrodita Calipigia. Y esto, amigo mío, *esto* fue lo más próximo a una explicación o una apología que pude recoger de Katy. No me hizo ver las cosas con más claridad que antes. En realidad, me hundió todavía más en la confusión, porque sus palabras me indujeron a formularme una serie de preguntas para las que ella jamás procuraba respuestas. Por ejemplo, ¿había querido decir que estas cosas eran inevitables, por lo menos en las circunstancias de su propio matrimonio? ¿Habían realmente sucedido antes? Y en este caso, ¿cuándo, cuántas veces, con quién?

—¿Lo averiguó usted? —pregunté.

Rivers meneó la cabeza.

—Nunca fui más allá de preguntarme e imaginarme… ¡Cielos, de qué manera tan viva! Lo que era suficiente, claro está, para que me sintiera más desdichado que nunca. Más desdichado y, al mismo tiempo, más frenéticamente enamorado que antes. ¿Por qué será que, cuando sospechamos que la mujer que amamos ha tenido amores con algún otro, sentimos esa fuerte intensificación del deseo? Yo había querido a Katy hasta el límite. Y me veía ahora queriéndola más allá del límite, queriéndola desesperada e insaciablemente, queriéndola como

una venganza, si atina a comprender lo que quiero decir. La misma Katy lo advirtió muy pronto. « Me has estado mirando» , se quejó dos noches después, « como si estuvieras en una isla desierta y yo fuera una chuleta. No hagas eso. Lo advertirán. Además, yo *no* soy una chuleta. Soy un ser humano crudo. Y en todo caso, Henry está ya casi bien y los chicos vendrán a casa mañana. Las cosas tienen que volver a lo que eran antes. Tenemos que ser razonables» . Ser razonables… Lo prometí… para mañana. Entretanto ¡apaguemos la luz! Hubo amores como una venganza, un deseo que, aun en el frenesí de la consumación, guardó su calidad de desesperado. Pasaron las horas y, a su debido tiempo, fue mañana. El alba entre las cortinas, los pájaros en el jardín, la angustia del abrazo final y mi promesa de que sería razonable. Promesa reiterada una y otra vez. ¡Y qué fielmente me atuve a mi promesa! Después del desayuno, subí a la habitación de Henry y le leí el artículo de Rutherford en el último número de *Nature*. Y cuando Katy volvió de las compras, la llamé « señora Maartens» y traté de mostrarme tan radiantemente sereno como ella. Lo que en mi caso, desde luego, era hipocresía. En el suyo, era una manifestación de su naturaleza olímpica. Poco antes del almuerzo, los chicos volvieron a casa, con sus bultos, en un coche de alquiler. Katy era siempre una madre atenta a todo, pero esta atención estaba generalmente moderada por la tolerancia para los defectos infantiles. Esta vez, por alguna razón, las cosas fueron diferentes. Tal vez el milagro del restablecimiento de Henry se le había subido a la cabeza y le había procurado, no solamente la sensación de poder, sino también el afán de ejercer este poder de otras maneras. Cabe igualmente que estuviera embriagada por su repentino retorno, después de aquellas semanas de pesadilla, al estado de gracia animal por el camino del deseo satisfecho. De todos modos, fuera cual fuere la causa, fueran cuales fueren las circunstancias atenuantes, subsiste el hecho de que, en ese día determinado, Katy estaba demasiado atenta a todo. Quería a sus hijos y el regreso de Ruth y Timmy la llenaba de alegría, pero, en cuanto los vio, se sintió impulsada a criticar, a encontrar defectos, a hacer sentir el peso maternal. A los dos minutos de la llegada, había zarandeado a Timmy por traer las orejas sucias; a los tres, había hecho confesar a Ruth que estaba acatarrada, y a los cuatro, dedujo del hecho de que la niña se resistió a que nadie se hiciera cargo de sus cosas que había en los bultos algún secreto culpable. Y allí, cuando, por órdenes de Katy, Beulah abrió la maleta, quedó de manifiesto el pobre secreto culpable: una caja con cosméticos y la botella medio vacía de violetas sintéticas. En su mejor momento, Katy hubiera expresado su desaprobación con simpatía, con unos comprensivos chasquidos de lengua. En esta ocasión, su desaprobación fue con voces fuertes y sarcásticas. Hizo tirar a la basura la caja de cosméticos y ella misma, con una expresión de asqueado enfado, vertió el perfume en el retrete e hizo correr el agua. Cuando nos sentamos a almorzar, la poetisa, con el rostro encendido y los ojos hinchados de llorar, odiaba a todo el

mundo. Odiaba a su madre por haberla humillado; odiaba a Beulah por haber sido tan buena profetisa; odiaba a la pobre señora Hanbury por haberse muerto y no necesitar ya los cuidados de Katy; odiaba a Henry por haberse restablecido hasta el punto de permitir este regreso a casa; y me odiaba por haberla tratado como a una chiquilla, por haberle dicho que su poema amoroso era una porquería y, esto era todavía más imperdonable, por haber mostrado que prefería la compañía de su madre a la suya.

—¿Sospechaba algo? —pregunté.

—Probablemente, todo —contestó Rivers.

—Pero ¿no eran ustedes razonables?

—Lo éramos. Pero Ruth siempre había tenido celos de su madre. Y ahora su madre la había ofendido. Y, al mismo tiempo, la chica sabía (teóricamente, desde luego, pero en los términos del lenguaje más violento y disparatado) lo que sucede entre un hombre y una mujer que se quieren. Dolor de pulsos purpúreos; labios que se retuercen y se muerden mutuamente…, etcétera. Aunque nada hubiese sucedido entre Katy y yo, Ruth lo hubiera dado todo por sucedido y nos hubiera odiado en consecuencia con esta nueva y más implacable clase de odio. Antes, su odio nunca había durado más de un par de días. Esta vez era distinto. Era un odio que no remitía. Día tras día, se negaba a hablarnos y, en cada comida, permanecía sentada en un hosco y sombrío silencio, saturado de críticas y condenaciones que no se expresaban. ¡Pobre Ruth! Dolores-Salomé era, desde luego, una ficción, pero una ficción fundada en los sólidos hechos de la pubertad. Al tomar a chacota esa ficción, Katy y yo, cada cual a su modo, habíamos afrentado a algo real, a algo que era parte viva de la personalidad de la niña. Había vuelto a casa con su perfume y sus afeites, con sus pechos y su vocabulario de nuevo cuño, con las nociones de Algernon y los sentimientos de Oscar; había vuelto a casa llena de esperanzas vagamente maravillosas y de temores vagamente horripilantes; y ¿qué le había sucedido? La injuria de ser tratada como lo que, en realidad, era todavía: una chiquilla irresponsable. La injuria de no ser tomada en serio. La afrenta y la humillación de verse rechazada por el hombre al que había elegido como su víctima y su Barba Azul, en favor de otra mujer que, para colmo de males, era su propia madre. ¿Tiene de extraño que fueran inútiles todos mis esfuerzos para engatusarla y hacerle salir de su lúgubre estado de ánimo? « No le hagas caso» , fue el consejo de Katy. « Déjala que se cueza en su propia salsa hasta que se canse» . Pero los días pasaban y Ruth no daba señales de cansarse. Por el contrario, parecía disfrutar con los amargos sabores del orgullo herido, de los celos y de las sospechas. Y luego, una semana después del regreso de los chicos, ocurrió algo que transformó el resentimiento crónico en animosidad más aguda y feroz.

» Henry podía ya sentarse y pasear por su habitación. Al cabo de unos días, estaría en plena convalecencia. “Debe pasar unos días en el campo”, aconsejó el

médico. Pero, con el mal tiempo de los primeros días de primavera y la ausencia de Katy en Chicago, la granja de los fines de semana había estado cerrada desde la Navidad. Antes de que se pudiera vivir en ella de nuevo, hacía falta orearla, limpiarla y abastecerla. "Vamos allí mañana para arreglarlo todo", me propuso Katy un día a la hora del desayuno. De pronto, como un perro de la pradera que deja bruscamente su madriguera, Ruth emergió de las profundidades de su malevolente silencio. Mañana, farfulló airadamente, ella estaría en el colegio. Katy contestó que precisamente por eso mañana era un buen día para hacer los quehaceres en la granja. No habría poetisas perezosas que estuvieran encima y estorbaran. "Pero yo *tengo* que ir", insistió Ruth, con una especie de violencia contenida. "¿Tienes?" repitió su madre. "¿Por qué *tienes*?". Ruth hizo frente a la mirada de su madre durante un momento y luego bajó los ojos. "Porque…", comenzó. Pero lo pensó mejor y se calló. "Porque me gustaría ir", terminó mansamente. Katy se echó a reír y le dijo que no fuera tonta. "Saldremos temprano", dijo, volviéndose hacia mí. "Llevaremos una cesta con comida". Ruth se puso muy pálida, trató de comer su tostada, le resultó imposible tomar ni un bocado, pidió permiso para levantarse y, sin esperar respuesta, se levantó y salió apresuradamente de la habitación. Cuando la vi de nuevo aquella tarde, su rostro parecía una máscara sin expresión, pero con un no sé qué de hostilidad amenazadora y controlada.

Oí que se abría desde afuera la puerta del apartamento. Luego, fue cerrada con un leve portazo. Se oyeron a continuación pasos y voces bajas. Rivers se interrumpió y miró su reloj.

—Sólo las diez y once —dijo, meneando la cabeza. Luego, alzando la voz, llamó—: ¡Molly! ¿Eres tú?

Abierto y dejando ver un cuadrado de piel blanca y suave, unas perlas y el corpiño de un vestido rojo de baile, apareció en el umbral un abrigo de visón. Encima de él había un rostro juvenil que hubiera sido bonito, si su expresión hubiese sido menos hosca y desabrida.

—¿Agradable la fiesta? —preguntó Rivers.

—Insoportable —dijo la joven—. Por eso hemos vuelto tan pronto. ¿Verdad, Fred? —añadió, volviéndose hacia un joven moreno que había entrado detrás de ella en la habitación. El joven le dirigió una mirada de frío desagrado y volvió el rostro—. ¿Verdad que sí? —repitió ella en voz más alta, con un tono casi de angustia.

Asomó una débil sonrisa en el apartado rostro. Hubo un encogimiento de hombros, pero ninguna respuesta.

Rivers se volvió hacia mí.

—Usted conoce a mi Molly, ¿verdad?

—La conocí cuando era *así* de grande.

—Bien, entonces le haré la presentación de mi yerno, Fred Shaughnessy —

dijo, señalando al joven moreno.

Yo dije que estaba encantado de conocerlo, pero el joven ni me miró. Hubo un silencio.

—Tengo una jaqueca espantosa —murmuró Molly—. Me van a permitir que me retire.

Inició su retirada; de pronto, se detuvo y, con lo que era evidentemente un enorme esfuerzo, se recobró para decir:

—Buenas noches.

—Buenas noches —dijimos a coro. Pero Molly se había ido ya. Sin decir una palabra, como un apache que la siguiera sigilosamente, el joven se volvió y fue tras ella. Rivers suspiró profundamente.

—Han llegado a ese punto —dijo— en que lo sexual parece tedioso como no sea la consumación de una disputa. Y ése es, téngalo por seguro, el destino de nuestro pequeño Bimbo. La vida de un hijo de madre divorciada con una sucesión, hasta que pierda la juventud, de amantes o maridos. O la vida de un hijo de padres que deberían divorciarse, pero que no pueden separarse porque comparten una inconfesable afición a torturarse y ser torturados. Y en ninguno de los casos puedo yo hacer nada. Suceda lo que suceda, el niño tendrá que pasar por un infierno. Tal vez salga de él mejor y más fuerte. Tal vez quede totalmente deshecho. ¿Quién lo sabe? ¡Desde luego, ninguno de estos muchachos! —Señaló con la boquilla de su pipa a un largo anaquel de discípulos de Freud y Jung—. ¡Psicología-novela! Es de lectura agradable y hasta muy instructiva. Pero ¿hasta qué punto explica? Lo explica todo, salvo lo esencial, salvo las dos cosas que en última instancia determinan el curso de nuestras vidas, la Predestinación y la Gracia. Ahí tiene a Molly, por ejemplo. Tenía una madre que sabía querer sin querer poseer. Tenía un padre que, por lo menos, mostraba el buen sentido de empeñarse en seguir el ejemplo de su esposa. Tenía dos hermanas que fueron felices como hijas y que se convirtieron en buenas esposas y madres. No había riñas en el hogar, ni tensiones crónicas, ni tragedias ni explosiones. Conforme a todas las normas de la psicología-novela, Molly debió ser una muchacha completamente sana y satisfecha. En lugar de eso… —Dejó la frase sin acabar —. Y hay otra clase de Predestinación. No la Predestinación interior del temperamento y el carácter, sino la Predestinación de los acontecimientos, esa clase de Predestinación que me esperaba y que esperaba a Ruth y Katy. No nos gusta verla, ni siquiera con los gemelos de teatro tomados al revés.

Hubo un largo silencio que no quise interrumpir.

—Bien —dijo Rivers finalmente—, volvamos a aquella tarde que precedió a la excursión a la granja. Volví del laboratorio a casa y encontré a Ruth en la sala, dedicada a la lectura. No levantó la vista cuando entré y eso me hizo adoptar el tono más familiar y decirle: « ¡Hola, chiquita!» . Ruth se volvió, me dedicó una larga mirada, nada risueña, triste en su carencia de expresión, y volvió a

enfrascarse en su libro. Esta vez, intenté una táctica literaria. « ¿No has escrito alguna nueva poesía?» , pregunté. « Sí, la he escrito» , me dijo con énfasis. Y hubo en su rostro una leve sonrisa que resultó todavía más triste que la falta de expresión. « ¿Puedo leerla?» . Quedé sorprendido cuando me dijo que sí. El trabajo no estaba terminado, pero lo estaría mañana sin falta. Me olvidé por completo de esta promesa, pero, a la mañana siguiente, sin falta, como me había dicho, al salir para el colegio, Ruth me entregó uno de sus sobres malvas. « Aquí la tiene» , me dijo. « Espero que le guste» . Y después de dedicarme otra amenazadora sonrisa, corrió detrás de Timmy. Estaba demasiado atareado para leer inmediatamente el poema. Metí el sobre en mi bolsillo y seguí con la tarea de cargar el automóvil. Ropa de cama, vajilla y cubiertos, queroseno… Fui amontonando cosas. Media hora después, estábamos en marcha. Beulah nos despidió desde la escalinata. Katy agitó una mano y envió un beso a la vieja. « Me siento como John Gilpin» dijo alegremente, mientras salíamos a la carretera. « *Con ansias locas de lanzarme a todo*» . Era uno de esos líricos días de comienzos de mayo, una de esas mañanas manifiestamente shakesperianas. Había llovido por la noche y ahora todos los árboles hacían sus reverencias a una fresca brisa; las jóvenes hojas brillaban como joyas al sol; las grandes nubes marmóreas del horizonte parecían algo soñado por Miguel Ángel en un momento de extática felicidad y sobrehumano poder. Y había las flores. Flores en los jardines suburbanos y flores en campos y bosques; cada flor tenía la belleza consciente de un rostro amado; su fragancia era un secreto del Otro Mundo y sus pétalos tenían, bajo los dedos de mi imaginación, la suavidad, la frescura sedosa y la elasticidad de la piel viva. Sobra decir, claro está, que todavía estábamos siendo razonables. Pero el mundo estaba embriagado con sus propias perfecciones, frenético con su exceso de vida. Hicimos los quehaceres, almorzamos al aire libre, fumamos nuestros cigarrillos recostados al sol en sillas plegables. Pero pronto sentimos demasiado calor y decidimos terminar nuestra siestecilla dentro. Y sucedió entonces lo que cualquiera nos hubiera dicho que sucedería.

» Sucedió, como repentinamente lo advertí entre dos éxtasis, a la vista de un retrato en tres cuartos de Henry Maartens, obsequio de los directores de una gran compañía de electricidad que se había beneficiado con su asesoramiento profesional. Era una pintura tan monstruosa en su realismo fotográfico que había sido relegada al cuarto de invitados de la granja. Era de esos retratos que siempre nos están mirando. Volví la cabeza y allí estaba, enfundado en su chaqué, mirándome solemnemente: era la personificación perfecta de la opinión pública, el pintado símbolo y la proyección de mi propia conciencia culpable. Y junto al retrato, había un armario victoriano con un gran espejo en el que se reflejaban el árbol próximo a la ventana y, dentro de la habitación, parte de la cama, parte de dos cuerpos salpicados de sol y las móviles sombras de hojas de roble.

"Perdónales, porque no saben lo que hacen". Pero aquí, con el retrato y el espejo, no había posibilidad de ignorancia. Y el conocimiento de lo que habíamos hecho resultó todavía más inquietante cuando, media hora después, al ponerme la chaqueta, oí un crujido de papel rígido y me acordé del sobre malva de Ruth. El poema era esta vez narrativo, en cuartetas, una especie de balada sobre dos adúlteros, una esposa infiel y su amante, ante el tribunal de Dios, en el Juicio Final. De pie, rodeados del imponente y acusador silencio, se sintieron privados, por manos invisibles, de todos sus disfraces, prenda tras prenda, hasta quedar completamente desnudos. Más que completamente desnudos, en realidad, porque sus cuerpos resurrectos eran transparentes. Pulmones e hígado, vejiga e intestinos, todos los órganos, con sus excrementos específicos… Todo era repugnantemente visible. Y de pronto, advirtieron que no estaban solos, sino en un escenario, iluminados por candilejas y reflectores, en medio de millones de espectadores en innumerables hileras, unos espectadores que no podían dominar las arcadas del asco o que gritaban, denunciaban, clamaban venganza y reclamaban el látigo y el hierro al rojo. Había en el trabajo una especie de malignidad que resultaba más terrible precisamente porque Ruth había sido educada completamente al margen de esa espantosa clase de fundamentalismo. El Juicio Final, el infierno y el castigo eterno eran cosas en las que se le había dicho que no debía creer. Eran nociones que había adoptado para sus propios fines especiales, con el propósito de expresar lo que sentía por su madre y por mí. Por de pronto, celos. Celos, amor desairado, vanidad herida, resentimiento iracundo. Y el resentimiento necesitaba un motivo respetable; la iracundia tenía que ser transformada en justa indignación. Sospechó lo peor de nosotros, porque esto justificaba todos los rencores y odios, las peores pasiones. Y sospechó lo peor con tanta vehemencia que, casi inmediatamente, ya no tuvo que adivinar nada: *supo* que éramos culpables. Y, sabiéndolo, la hija que había en ella se sintió afrentada, mientras que, como mujer, se veía impulsada por celos todavía más acerbos y vengativos. Con horrible congoja, con terror que aumentaba por segundos ante un futuro imprevisible, leí aquello hasta el fin, lo leí de nuevo y luego me volví hacia Katy, que, sentada ante el espejo del tocador, se estaba arreglando el pelo, sonriendo a la radiante imagen risueña de una diosa y tarareando una tonada de *Las Bodas de Fígaro. Dove sono I bel momenti di dolcezza e di piacer?* Siempre había admirado la divina despreocupación de Katy, su olímpico *je m'en foutisme*. Ahora, repentinamente, me enfureció. No tenía derecho a no sentir lo que la lectura del poema de Ruth me había hecho sentir a mí. "¿Quieres saber", le dije, "por qué nuestra Ruth ha tenido el curioso proceder que sabes? ¿Quieres saber lo que realmente piensa de nosotros?". Crucé la habitación y entregué a Katy las dos hojas de papel malva en las que la niña había copiado su poema. Katy comenzó a leer. Yo observaba su rostro y vi que la risueña expresión original (la poesía de Ruth era una broma permanente en la

familia), se transformaba en otra de grave y concentrada atención. Luego, apareció una arruga vertical en la frente, entre los dos ojos. El ceño se fue acentuando y, cuando pasó a la segunda hoja, Katy se mordió el labio. Al fin y al cabo, la diosa era vulnerable… Yo me había apuntado un tanto, pero era el pobre triunfo que se traduce en que haya en la trampa dos conejos en lugar de uno. Y era una trampa de la que Katy no sabía salir. Se había limitado siempre a ignorar las situaciones desagradables, a pasar por ellas como si no existieran. Y en efecto, si se las ignoraba el tiempo suficiente y con la serenidad que reclamaba el caso, dejaban de existir. La persona ofendida acababa perdonando, conquistada por la belleza y el buen carácter de Katy; quienes estaban preocupados o complicaban la vida a los demás se dejaban ganar por aquella indiferencia de diosa y se olvidaban por el momento de mostrarse neuróticos o malévolos. Y cuando la técnica de la serenidad no daba resultados, Katy recurría a una segunda táctica: la técnica de irrumpir en terreno que los ángeles no pisan, la técnica de la jovial falta de tacto, de cometer garrafaladas con la inocencia y la sencillez mayores, de decir las cosas más horribles con la más irresistible de las sonrisas. Pero ninguno de estos métodos era aplicable al caso actual. Si Katy no decía nada, Ruth seguiría procediendo como hasta ahora. Y si Katy cortaba por lo sano y lo decía todo, sólo Dios sabía lo que podría hacer una adolescente enloquecida. Y entretanto había que pensar en Henry, había que pensar en el propio porvenir como único y, según estábamos todos convencidos, completamente indispensable apoyo del genio enfermo y de sus hijos. Ruth estaba en condiciones, y tal vez dispuesta a ello, de derribar todo el templo de sus vidas por puro despecho, por rencor hacia su madre. Y nada podía hacer para evitarlo una mujer que tenía el temperamento de una diosa, pero no su omnipotencia. Había, sin embargo, algo que yo podía hacer; al discutir nuestra situación (por primera vez, téngalo en cuenta, desde que hubo una situación para discutir), resultó cada vez más claro en qué consistía este algo. Yo podía hacer lo que quise hacer después de la primera noche apocalíptica: marcharme.

» Katy no quiso ni oírlo en un principio. Tuve que discutir con ella durante todo el viaje de regreso. Y argumentar frente a mí mismo, frente a mi propia felicidad. Al final, quedó convencida. Era la única manera de salir de la trampa.

» Cuando entramos en casa, Ruth nos miró como un detective a la busca de claves e indicios. Luego, me preguntó si me había gustado su poema. Le dije, y era estrictamente la verdad, que era lo mejor que había escrito hasta entonces. Quedó muy contenta, pero hizo todo lo posible para no mostrarlo. La sonrisa que iluminó su rostro fue instantáneamente reprimida y, de modo deliberadamente significativo, Ruth me preguntó qué pensaba del asunto del poema. Yo estaba preparado para la pregunta y contesté con un indulgente chasquido de lengua. Dije que me recordaba los sermones que mi pobre padre solía predicar en Cuaresma. Luego, miré a mi reloj, dije no sé qué acerca de un trabajo urgente y

me fui, dejándola, según pude advertir por la expresión de su rostro, desconcertada. Supongo que se había imaginado una escena en la que ella representaría el papel del juez fríamente implacable, mientras yo, el reo, haría una exhibición de rastrera evasión frustrada, acorralamiento y confesión. Y en lugar de esto, el reo se había reído y había gastado al juez una broma incoherente sobre ensotanados. Yo había vencido en aquella escaramuza, pero la guerra continuaba y sólo podía terminar, según era manifiesto, con mi retirada.

» Dos días después fue viernes y, como sucedía todos los viernes, el cartero trajo la carta semanal de mi madre, y Beulah, cuando preparó la mesa para el desayuno, puso la misiva (la vieja era decidida partidaria de las madres), de modo muy ostensible, apoyada en mi taza. Abrí la carta, la leí, adopté una expresión seria, procedí a una segunda lectura y quedé en rumiador silencio. Katy comprendió y me preguntó solícita si había alguna mala noticia. Contesté, desde luego, que las noticias no eran demasiado buenas. La salud de mi madre… La coartada quedaba preparada. Cuando llegó la noche, ya estaba todo arreglado. Oficialmente, como jefe del laboratorio, Henry me concedía una licencia de dos semanas. Yo tomaría el tren de las diez y media el domingo por la mañana y, en el intervalo, el sábado, escoltaríamos todos al convaleciente a la granja y tendríamos una comida campestre de despedida.

» Éramos demasiados para ir en un solo automóvil; Katy y los chicos irían, pues, en el Overland familiar. Henry y Beulah, con la mayor parte del equipaje, les seguirían en el Maxwell conmigo. Katy y sus hijos se nos adelantaron mucho, porque, cuando ya estábamos a un kilómetro de casa, Henry descubrió, como de costumbre que había olvidado un libro absolutamente indispensable y tuvimos que volver para buscarlo. Diez minutos después, nos pusimos de nuevo en marcha. En marcha, según resultó, para toparnos con la Predestinación.

Rivers terminó su whisky y vació su pipa.

—Aun mirando con los gemelos al revés, aun en otro universo, habitado por seres diferentes… —Meneó la cabeza—. Hay ciertas cosas que son inadmisibles. —Hubo una pausa—. Bien, vayamos a ello —dijo finalmente—. A unos tres kilómetros de la granja, había un cruce en el que se tenía que doblar hacia la izquierda. Era en un bosque tan espeso que el follaje no dejaba ver lo que venía de cualquiera de los lados. Cuando llegamos allí, disminuí la marcha, toqué la bocina, puse el coche en segunda y tomé la curva. Y de pronto, vimos el Overland volcado en la zanja y cerca de él un pesado camión con el radiador destrozado. Entre los dos coches, un joven con mono azul estaba arrodillado sosteniendo a un chico que lloraba. A cuatro o cinco metros, había dos cosas que parecían bultos de ropa vieja, basura… Basura manchada de sangre.

Hubo otro silencio.

—¿Estaban muertas? —pregunté finalmente.

—Katy murió a los pocos minutos de nuestra llegada allí y Ruth murió en la

ambulancia, camino del hospital. Timmy fue reservado para una muerte peor en Okinawa; salió del accidente con algunos cortes y un par de costillas rotas. Nos contó que estaba sentado detrás. Conducía Katy y Ruth estaba instalada junto a su madre. Las dos habían estado discutiendo y Ruth estaba furiosa por algo. Timmy no sabía por qué, pues no estaba escuchando; estaba pensando en el modo de electrificar su tren mecánico y, de todos modos, nunca hacía mucho caso a lo que Ruth decía cuando estaba furiosa. Si se le hacía caso, las cosas empeoraban. Pero mamá sí había hecho caso. El chico recordaba que su madre había dicho: «Estás diciendo disparates y te prohíbo que hables de esas cosas». Y luego entraron en la curva; iban a demasiada velocidad, Katy no tocó la bocina y el camión les dio de lleno en un costado.

»Como ve —concluyó Rivers—, eran las dos clases de Predestinación. La Predestinación de los acontecimientos y, al mismo tiempo, la Predestinación de dos temperamentos, el de Ruth y el de Katy. El temperamento de una hija afrentada, que era también una mujer celosa, y el temperamento de una diosa, acorralada por las circunstancias y que comprendía de pronto que, objetivamente, no era más que un ser humano para el que el temperamento olímpico podía ser una desventaja. Y el descubrimiento era tan desconcertante que Katy se hizo imprudente, fue incapaz de afrontar los hechos y circunstancias que la llevaban a la destrucción. Y a una destrucción (pero esto me estuvo destinado a mí, desde luego; esto fue un detalle de mi Predestinación psicológica), con todos los refinamientos de la afrenta física: un ojo saltado por una astilla de vidrio, la nariz, los labios y la barbilla casi totalmente seccionados, con trozos dispersos sobre el ensangrentado alquitrán de la carretera. Y había una mano derecha aplastada y el extremo de una tibia rota asomándose a través de la media. Soñé con eso casi todas las noches. Katy dándome la espalda. Y estaba en la cama, allí, en la granja, o de pie, junto a la ventana de mi habitación. Luego, se volvía y me miraba. Y no había rostro, sino una extensión de desgarrada carne. Me despertaba dando alaridos. Llegué al punto de que no me atrevía a dormir por la noche.

Al escucharle, recordé al joven John Rivers que, con gran sorpresa por mi parte, encontré en Beirut, el año 1925, enseñando física en la Universidad Norteamericana.

—¿Ésa era la razón de que pareciera usted tan enfermo? —pregunté.

Rivers asintió con la cabeza.

—Dormía muy pocas horas y recordaba demasiado —dijo—. Temía enloquecer y, como prefería la muerte a la locura, había decidido matarme. En esto, justo a tiempo, la Predestinación se puso al trabajo y acudió a mí con la única clase de Gracia salvadora que podía hacerme algún bien. Conocí a Helen.

—En la misma reunión, un cóctel, en que yo la conocí. ¿Lo recuerda?

—No, no lo recuerdo. No recuerdo a nadie de los que participaron en aquella

ocasión, salvo a Helen. Cuando se ha estado a punto de ahogarse, uno recuerda quién le salvó, no a los espectadores del muelle.

—No es de extrañar mi mala fortuna —dije—. En aquel tiempo, solía decirme, con cierta amargura, que esta mala fortuna se debía a que las mujeres, aun las mejores, aun las raras y extraordinarias Helen, prefieren la gallardía física a la sensibilidad artística, prefieren los músculos con inteligencia, porque me veía obligado a admitir que usted la tenía, a la inteligencia con ese exquisito *je ne sais quoi* que era mi especialidad. Ahora comprendo cuál era aquel irresistible atractivo que había en usted. Era usted desgraciado.

Rivers asintió con la cabeza y hubo un largo silencio. El reloj dio las doce.

—Feliz Navidad —dije y, terminado mi whisky, me levanté para marcharme —. No me ha dicho usted qué le pasó al pobre Henry después del accidente.

—Bien, comenzó, desde luego, con una recaída. No muy grave. Esta vez, no ganaba nada con ir hasta el umbral de la muerte. Fue una cosa leve. La hermana de Katy vino para el entierro y se quedó para cuidar al enfermo. Era como una caricatura de Katy. Gruesa, colorada, pesada. No una diosa disfrazada de campesina, sino una tabernera que se creía una diosa. Era viuda. Cuatro meses después, Henry se casó con ella. Yo me había ido a Beirut para entonces, por lo que nunca presencié su felicidad conyugal. Pero, según se dice, fue mucha. En todo caso, la pobre mujer no pudo dominar su peso y murió en 1935. Henry no tardó en encontrar a una joven pelirroja llamada Alicia. Esta Alicia quería ser admirada por sus noventa y cinco centímetros de busto, pero todavía más por sus tres metros de intelecto. « ¿Qué piensa usted de Schroedinger?» , le preguntaban a Henry. Y era Alicia quien contestaba. Estaba al tanto de todo.

—¿Cuándo vio usted a Henry por última vez? —pregunté.

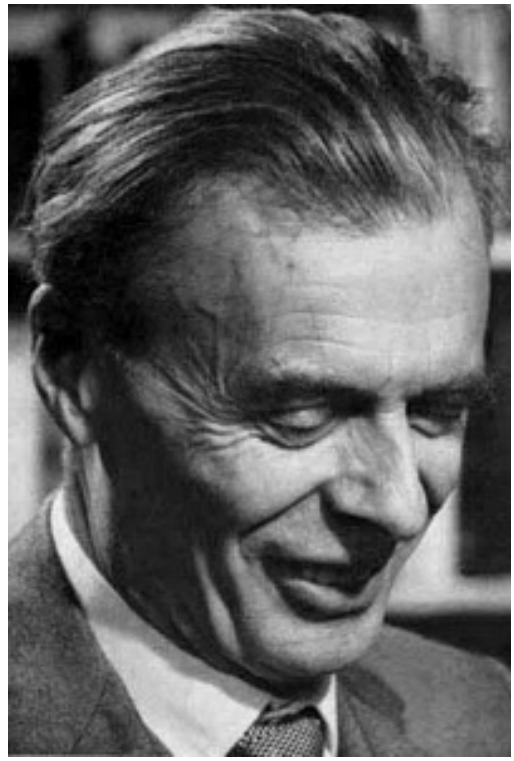
—Unos pocos meses antes de su muerte. Tenía ochenta y siete años y seguía asombrosamente activo, todavía saturado de lo que su biógrafo llamaba « la llamarada siempre esplendorosa del poder intelectual» . A mí me hizo el efecto de un mono de juguete al que se hubiera dado demasiada cuerda. Había algo de mecánico en los razonamientos, los ademanes, las sonrisas y las muecas. ¡Qué grabaciones más asombrosamente realistas de las viejas anécdotas sobre Planck, Rutherford y J. J. Thompson! ¡De sus celebrados soliloquios sobre Positivismo Lógico y Cibernética! ¡De evocaciones de aquellos agitados años de la guerra, cuando trabajaba en la bomba atómica! ¡De sus conjeturas, alegremente apocalípticas, sobre las mayores y mejores Máquinas Infernales de los años venideros! Se hubiera jurado que era un ser humano real el que estaba hablando. Pero, poco a poco, a medida que se seguía escuchando, se comprendía que no había nadie allí dentro. Los discos cambiaban automáticamente; era *vox et praeterea nihil*. La voz de Henry Maartens sin su presencia.

—Pero ¿no es eso lo que usted recomendaba? —pregunté—. ¿Morir en cada instante?

—Pero Henry no había muerto. Ahí está la cuestión. Había dejado el reloj en marcha y se había ido a otro sitio.

—¿Adónde?

—Sabe Dios adónde. Supongo que a algún surco infantil de su subconsciente. Fuera, para que todos lo vieran y oyeran, estaba aquel estupendo mono de juguete, aquella llamarada siempre esplendorosa de poder intelectual. Dentro, se acurrucaba el mísero ser que todavía necesitaba halago y protección, trato sexual y un sustitutivo de la matriz; el ser que tendría que afrontar las consecuencias en el lecho de muerte de Henry. Este ser estaba todavía frenéticamente vivo, sin preparación alguna para ninguna muerte preliminar y menos preparado todavía para el momento decisivo. Bien, el momento decisivo ha pasado ya y lo que pueda quedar del pobre Henry anda probablemente chirriando y farfullando por las calles de los Álamos o merodeando tal vez en torno a la cama de su viuda y de su nuevo marido. Y desde luego, a nadie importa esto un comino. Es justo que sea así. Dejemos a los muertos con los muertos. Y ahora, usted se me va. —Se levantó, me tomó del brazo y me acompañó al vestíbulo—. Vaya despacio con su coche —me dijo, mientras abría la puerta de la calle—. Estamos en país cristiano y es el día del nacimiento del Salvador. Prácticamente todo el mundo estará borracho.



ALDOUS LEONARD HUXLEY (26 de julio de 1894, Godalming, Surrey, Inglaterra – 22 de noviembre de 1963, Los Ángeles, California, Estados Unidos). Escritor, poeta y filósofo inglés, miembro de una importante familia de intelectuales, entre los que hubo eminentes biólogos y hasta un Premio Nobel.

Siendo joven, Huxley sufrió graves problemas visuales que retrasaron su educación universitaria en Oxford, pero una vez superada su enfermedad terminó sus estudios y viajó por Europa en calidad de crítico de arte y literatura.

Durante esa época, Huxley escribió sobre todo poesía y cuentos y sus primeras novelas no tuvieron demasiado eco. En 1932 publicó la que sería su obra más famosa y controvertida: *Un mundo feliz*, en el que plasma varias de sus obsesiones más conocidas, como el control del estado y la deshumanización de la tecnología.

En 1937 abandona Inglaterra y decide establecerse en los Estados Unidos. A partir de esta época, el escritor comienza sus experimentos con las drogas psicoactivas y se centra en el misticismo como objeto de análisis.

Quizá sea *Las puertas de la percepción* (1954) el libro que mejor recoge las experiencias de Huxley durante toda esta época.

Tras la muerte de su primera esposa, Huxley volvió a casarse. En 1960 le fue diagnosticado un cáncer de garganta al que no sobreviviría. Su última novela, *La isla*, se publicó en 1962.